

Antonio Quintero
y Jesús M.^a de Arozamena

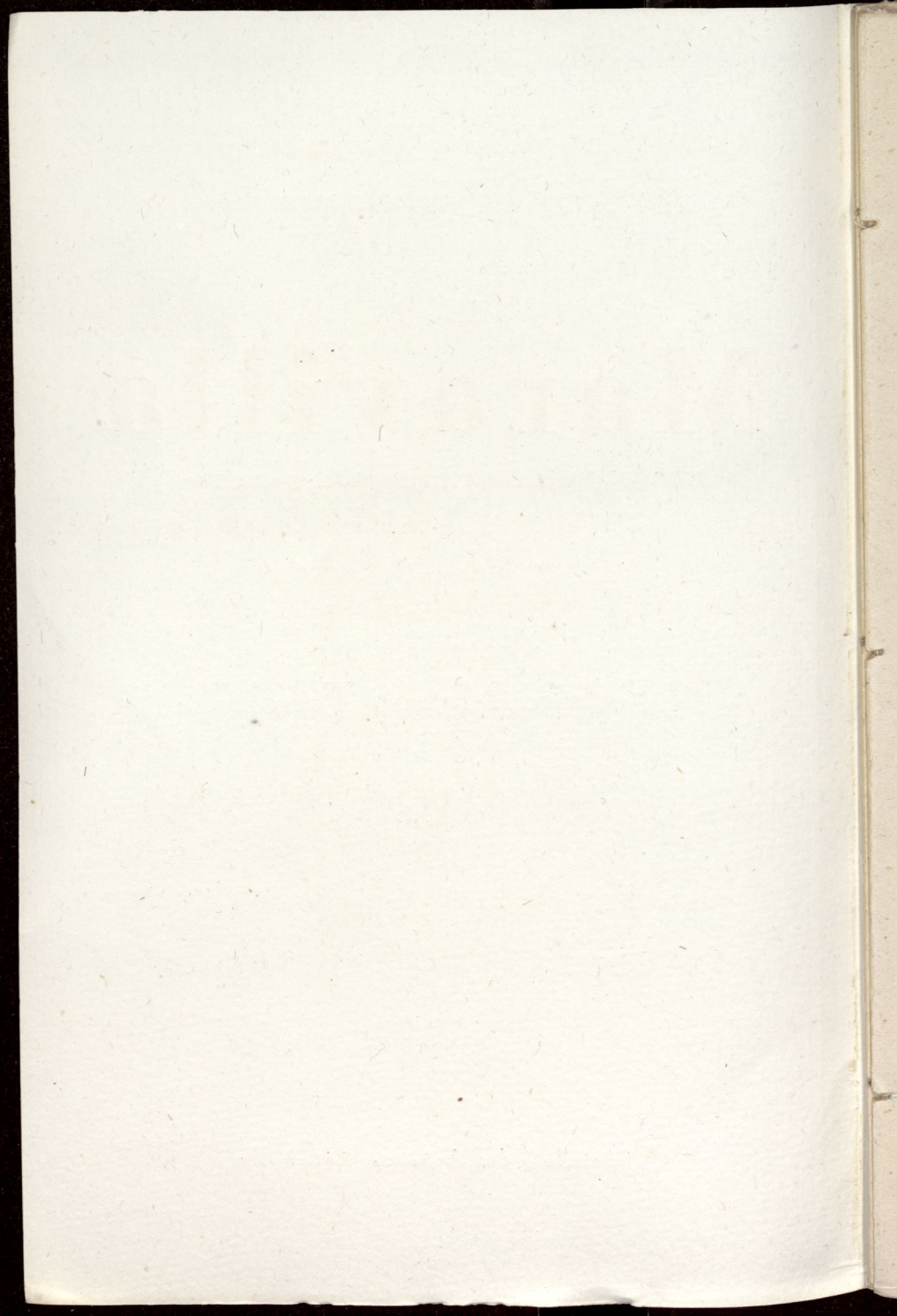
Maravilla

COMEDIA LÍRICA EN TRES ACTOS

Música del Maestro

Federico Moreno Torroba

Sociedad de Autores Españoles



MARAVILLA

MARILIA

G A R C Í A E N C I S O

Imprenta Helénica.—Pasaje de la Alhambra, 3.—Madrid.—Teléf. 18014

ANTONIO QUINTERO Y JESÚS M.^A DE AROZAMENA

MARAVILLA

COMEDIA LÍRICA EN TRES ACTOS

MÚSICA DEL MAESTRO

FEDERICO MORENO TORROBA

Estrenada en el Teatro Fontalba, de Madrid,
el Sábado de Gloria, 12 de abril de 1941

MADRID·

1 9 4 1

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países en los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad General de Autores de España» son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright by Antonio Quintero y Jesús M.^a de Arozamena. 1941.

REPARTO

PERSONAJES

INTERPRETES

| | |
|---|----------------------------|
| <i>Manuela</i> | Selica Pérez Carpio. |
| <i>Elvira</i> | Maruja Vallojera. |
| <i>Anita</i> | } Blanquita Suárez (1). |
| <i>La Marquesa de Villamerced</i> | |
| <i>Casta</i> | María Valentín. |
| <i>La ciega</i> | Araceli Sánchez Imaz. |
| <i>La devota</i> | Carola Hernández. |
| <i>La monja</i> | Albina Cachero. |
| <i>La Mamá</i> | } Paquita López. |
| <i>La Pepa</i> | |
| <i>Rosario</i> | Esther Jiménez. |
| <i>Pilar</i> | Teresa Jiménez. |
| <i>Chica 1.^a</i> | Mercedes Obiol. |
| <i>Chica 2.^a</i> | Amelia Velasco. |
| <i>Una niña (no habla)</i> | N. N. |
| <i>Rafael</i> | Luis Sagi-Vela (2). |
| <i>Agapito</i> | Arturo Lledó. |
| <i>Emilio</i> | Antonio Prieto. |
| <i>Zabala</i> | Pablo Gorgé. |
| <i>Faustino</i> | Constantino Pardo. |
| <i>Antonio</i> | Félix R. Casas. |
| <i>Don Samuel</i> | Fernando Hernández. |
| <i>Rufo</i> | Emilio Portela. |
| <i>El ciego</i> | } Casimiro García Morales. |
| <i>El empresario de *Cabeza de Buey</i> | |
| <i>Bernardo</i> | Fernando Gosálvez. |
| <i>El Traspunte</i> | Agustín Pedrote. |
| <i>Mateo</i> | Carlos Toba. |
| <i>Julio, el cartero</i> | Eduardo Stern. |
| <i>Señor Benito</i> | Manuel Gaitán. |
| <i>Miguel</i> | Manuel Álvarez. |
| <i>Enrique</i> | Agustín Pedrote. |
| <i>Espectador 1.^o</i> | Fernando Gosálvez. |
| <i>Espectador 2.^o</i> | Antonio Pérez. |

Marquesas, jovencitas, chicas del taller, mancebos, lacayos, coraceros y personajes del género chico.

La acción en Madrid. El primer acto transcurre en los comienzos del interesante siglo en que vivimos, entre 1900 y 1905. Segundo y tercero, hacia 1920.

Derecha e izquierda, las del actor.

(1) y (2) Estos papeles fueron interpretados también por Teresita Silva y Emilio Goya.

Director de escena: *Arturo Lledó.*

Maestros directores y concertadores: *Ricardo Estevarena*
y *Augusto J. Vela.*

Aputadores: *Sebastián Abollo* y *Luis Lafita.*

Decorado: *José Redondela*

Figurines: *Francisco Bellosillo*

Vestuario: *Peris Hermanos.*

Advertencia.—Los actos segundo y tercero serán vestidos conforme al gusto de nuestros días, sin excesivos detalles de la moda última, pero procurando apartarse de la horrible indumentaria llevada por aquellos años en que pasan sus sucesos.

ACTO PRIMERO

Jardín y fachada de una iglesia-convento de monjas en Madrid. Árboles a los lados, y, entre dos columnas del templo, un puesto de flores. Alrededor del puesto, macetas de flores y plantas, un botijo, una regadera. Cerca una silla, un taburete y un banco pintado de verde, sobre el que habrá cinco macetones iguales (o seis). Al fondo, fachada de la iglesia, sencilla y alegre. En el centro una puerta amplia, abierta al zaguán, cuyos lados tendrán sendas puertas practicables. En el fondo oscuro de este zaguán, que se abrirá al fin del acto, algunos cuadros o anuncios religiosos. Sobre esta puerta, una cruz tallada en piedra. El lateral izquierda lo forma una verja que hace ángulo con el muro de la iglesia y que tiene abierto el paso a la calle. El primer término de este lado, empalmado con la verja, consiste en un muro de piedra que se prolonga hasta el interior. Por este muro trepan algunas plantas florecidas.

Al lateral derecha, primer término, una edificación chiquita, aislada de la iglesia. Tiene la puerta abierta y alguna ventana con macetas.

Colgadas en la pared de esta casa, un par de jaulas, con un pajarito cualquiera y una coforra.

En el segundo término, paso al jardín de las monjas.
Es el día de San Isidro y no falta mucho para las doce.

(En escena, el señor EMILIO, de unos cuarenta años, dueño del puesto y jardinero de las monjitas, que vive en la casa del lateral derecha. Está manipulando con sus flores, haciendo ramos, cortando tallos, etc. Viste modestamente y se cubre con una gorra. Cerca de él, sentado, BERNARDO, sacristán de edad madura, lee un periódico. A los lados exteriores de la puerta central, un CIEGO y una CIEGA, con gafas negras, sentados en sus sillas de tijera.)

MUSICA

(Dentro suena un armónium y se oye cantar al coro de monjas.)

MONJAS.

El mes de abril se alejaba,
y el mes de mayo reía,

sembrando montes y valles
de flores para María.

BERNARDO. (Comentando las noticias del periódico.)

Yo no sé en qué va a quedar
tanto cambio de Gobierno;
Sagasta dice: "Me largo";
viene Romero Robledo...
Aseguran que muy pronto
vendrá la revolución
y que no tendrán los curas
ni donde tomar el sol.

EMILIO. No haga usted caso
del "Imparcial",
que es un trolero
anticlerical.

(Suenan la campana de la iglesia.)

BERNARDO. La de once y media
va a comenzar,
y estoy todavía
sin desayunar.

(Saca del bolsillo un pedazo de pan y un tomate. Se acerca a LA CIEGA y le da el periódico.)

Siga usted leyendo,
voy a trabajar.

(Se va por el jardín, mordiendo el tomate.)

CIEGA. Dice que trabaja:
será con las muelas.
¡Nos ha fastidiado
esté rapavelas!

(Tira el periódico, enojada. Entra por la izquierda UNA DEVOTA, que se dirige a la iglesia y saluda a EMILIO al pasar.)

DEVOTA. Buenos días.

EMILIO. Buenos los dé Dios.

- CIEGO. } Una limosnita,
 CIEGA. } por caridad,
 que el Santo del día
 se lo pagará.
 (LA DEVOTA entra en la iglesia, sin dar nada a los ciegos.)
- CIEGA. ¡Roñosa!
- CIEGO. ¡Tiñosa!
- EMILIO. ¡Vamos a callar!
- CIEGA. ¡Cuántas beatonas
 vienen a rezar
 y nunca del pobre
 tienen compasión!
- CIEGO. ¡Qué falta está haciendo
 la revolución!
 (Con el garrote atrae el periódico, lo recoge, lo desdobra y se pone a leer.)
- MONJAS. (Dentro.)
 Mayo ha vestido de flores
 la orilla del arroyuelo
 y el agua se las llevaba
 para la Reina del Cielo.
 (EMILIO se pincha con una flor.)
- EMILIO. ¡Ay, qué mala pata!
- CIEGA. ¿Qué le pasa a usted?
- EMILIO. Que esta rosa tan fina
 tenía una espina,
 y me la clavé.
- CIEGA. ¡Vaya por Dios!
 Venga usted acá.
 (EMILIO se acerca y ella le coge la mano.)
 Deje, que la estoy viendo.
 ¡Qué dentro está!
 (Hace como que le saca la espina.)
 ¡Salió!
- EMILIO. ¡Salió!

¡Qué barbaridad!
 Gracias, señora Evarista.
 Dios le conserve la vista
 por toda la eternidad.

(Entran cuatro JOVENCITAS con su MAMÁ. Las JOVENCITAS se dirigen a la puerta de la iglesia y la mamá se entretiene con EMILIO. Los ciegos les entregan cuatro cartas, que ellas abren, extrayendo de los sobres ramos de violetas.)

JOVENCITAS. Manojito de violetas,
 lleno de encanto y misterio,
 flor donde escucho a mi amante
 diciendo: "Por ti me muero".

(Acude la MAMÁ y les arrebató las cartas.)

MAMÁ. Manojito de violetas
 en una carta de amor,
 ya veréis, palomas mías,
 qué bien las contesto yo.

(Empuja a las JOVENCITAS, entrando las cinco en la iglesia.)

CIEGO. Una limosnita,
 tengan caridad.

CIEGA. Que el Santo del día
 se lo pagará.

H A B L A D O

CIEGA. A estas mamás con cuatro niñas no se les
 escapa ni una.

CIEGO. Pues me parece que a ésta se le van a es-
 capar las cuatro.

EMILIO. ¡Está buena la tierna juventud!

(EL CIEGO vuelve a coger el periódico y hunde la cara en él. Sale de la iglesia LA DEVOTA que entró antes y se queda estupefacta.)

DEVOTA. ¡Cómo! ¿Pero está usted leyendo?

- CIEGO. ¿Yo leyendo?... ¡Ojalá Dios!
- DEVOTA. ¿Pues qué hace usted con el periódico?
- CIEGO. Olerlo. Es que tiene el aroma de unos filetes empanaos que traía envueltos la señora Evarista.
- CIEGA. ¿Quién, yo?
- DEVOTA. (A LA CIEGA.) ¿De modo que come usted filetes? ¿Y por qué pide usted limosna?
- CIEGO. Para postres.
- CIEGA. Cállese usted, señor Dimas, que le veo y no le veo.
- DEVOTA. Haya paz, hermanitos. Y que aproveche.
(A EMILIO.)
- Hola, señor Emilio. ¿Y la Manuela?
- EMILIO. Bien, gracias. En la Pradera, echando una ojeada al puesto.

(Durante estas frases entrarán y saldrán de la iglesia algunos hombres y mujeres.)
- DEVOTA. Y tan guapetona y tan salada, ¿eh? Tiene usted una mujer que es una bendición.
- EMILIO. Sí; no es maleja.
- DEVOTA. ¿Maleja? ¡Qué te parece el hombre! En todo el barrio no hay otra como la Manuela de aseada, de fina, de dispuesta... Y guapa no hablemos, que dan los hombres cada suspiro... El otro día la dijo uno: A esta mujer le pagaba yo la viudedad.
- CIEGO. ¡Arrea!
- DEVOTA. Oiga, señor Emilio. ¿Cuánto vale esta cotorra?
- EMILIO. Esa cotorra no la vendo. La quiero para mí... ¡porque no habla!
- DEVOTA. ¿Eso es una indirecta?
- CIEGA. ¡No hay prenda como la vista!
- (EL CIEGO se echa a reír, y en seguida disimula.)

- DEVOTA. ; Buenos días!
(Se va, muy sofocada, por la izquierda.)
- EMILIO. Vaya usted con Dios... Estas chismosas entrometidas me ponen malo.
- CIEGO. Todo es envidia que le tienen a la Manuela; porque a esta señora, lo natural, tó lo más que la dicen es que el bigoté ya no se estila.
- CIEGA. En cambio, a la Manuela, como está en la flor de la juventú y de la hermosura y de la...
- EMILIO. ; Esté como esté!... ; Dejemos en paz a la Manuela!
- CIEGA. ; Usted dispense!
- EMILIO. No hay de qué.
(Malhumorado, entra en la casa de la derecha.)
- CIEGA. Está que rabia de celos.
- CIEGO. Sí supiera que tiene usted una cartita para ella...
- CIEGA. ; Cállese usted, tío sapo! ; Yo no tengo ninguna cartita!
- CIEGO. Lo que usted quiera; pero la mitad del duro es para mí.
- CIEGA. ; Estafador!
(Variando el tono.)
- ; Pobre ciega! ; Tengan caridad!
- CIEGO. ; Una limosna, y San Isidro bendito se lo premie, hermanos!
(Por la izquierda llegan ANTONIO y RUFO, el primero joven, torero, vestido de "corto" y con sombrero cordobés, y el segundo, de más edad, apoderado de aquél, con sombrero de paja, bigote rizado y grueso bastón. RUFO cruza la escena, mira y se vuelve.)
- RUFO. No está la paloma.

- ANTONIO. Pues mire usted, me alegro. Casualmente vengo decidido...
- RUFO. ¿A qué? A ver si ahora te vas a arrepentir. Las mujeres guapas son pa los triunfadores como tú.
- ANTONIO. Pero me da miedo ponerme delante de ella, señor Rufo.
- RUFO. No irás a decir que no te gusta la Manuela.
- ANTONIO. Con delirio. Pero siento algo que me dice que esto no está bien.
- RUFO. Lo que no está bien es achicarse. Soy perro viejo, nene. Tú déjame a mí. Esta dama y su esposo van hoy a verte tomar la alternativa. Están aquí las dos barreras.
- (Saca dos billetes de toros.)
- ANTONIO. Está usted en todo.
- RUFO. Menudo apoderao tienes pa prepararte las corridas. Tú les echas el capote...
- ANTONIO. Yo lo que hago es meterme en la iglesia a ver si la Virgen me quita esta mala tentación.
- (Se dirige a la iglesia.)
- CIEGA. ¡Tengan caridad!
- (ANTONIO da un duro a cada uno, y hace mutis.)
- CIEGO. ¡Un duro! ¡Dios le bendiga!
- CIEGA. ¡Y María Santísima le llene de flores el corazón!
- CIEGO. Oiga, señor: es un torero, ¿verdad?
- RUFO. Antonio Gallardo, el "Niño de Calatravas", la figura del día, que esta tarde le da el espaldarazo su tocayo Antonio Fuentes. ¡Ole!
- (EMILIO ha salido a tiempo de oír la última frase.)

- EMILIO. Hola.
(RUFO abre los brazos.)
- RUFO. ¡ Señor Emilio de mis entretelas ! ¡ Venga un abrazo !
- EMILIO. Dispense. Tengo agujetas.
- RUFO. Hombre, "Agujetas" sale a picar esta tarde con mi torero. Menuda corrida va usted a presenciarse.
- EMILIO. ¿ Quién, yo ?
- RUFO. Y en localidad de postín. Ahí van: dos barreras del uno, pa usted y pa su señora.
- EMILIO. Pues, no lo tome usted a desprecio, pero no vamos.
- RUFO. ¿ Cómo que no ?
- EMILIO. Como que no.
- RUFO. Pero, ¿ en un día tan señalao va usted a dejar a la parienta en casa ? ¿ Pero qué vida llevan ustedes ?
- EMILIO. La nuestra. Sin meternos nunca en la vida de los demás, porque es peligrosillo.
(Suena en la calle un piano de manubrio, y EMILIO se va como una flecha a la puerta de la verja.)
¡ Maldita sea !... Oye, "Tirilla", que esto es una iglesia... Vete a tocar la jota a Calatayud.
(Cesa el organillo.)
- RUFO. (Aparte.)
Ya salió aquéllo. (A EMILIO.) ¿ Es usted enemigo de la música ?
- EMILIO. Lo mismito que Napoleón.
- RUFO. ¡ Mía que es raro ! Con lo bien que canta la Manuela, según dicen. Tengo unas ganas de escucharla una copla...
- EMILIO. Pues se va usted a quedar con las ganas. Mi señora—que usted no tiene motivos pa

- llamarla "la Manuela"—ni canta, ni baila, ni hace más que lo que quiere su marido.
- RUFO. Como corresponde a una señora honesta.
- EMILIO. ¡Ele! Honesta, aunque algunos, por lo que veo, se figuren lo contrario.
- RUFO. ¿Eso va por mí?
- EMILIO. Por usted y por muchos que se preocupan demasiao de si mi mujer canta o no canta y se han creído que es una cupletista del Variedades.
- RUFO. Hombre, yo...
- EMILIO. Usted le va a decir al "Niño de Calatravas" que no asome la gaita por aquí, porque es una pena que se malogre una figura de la fiesta nacional.
- RUFO. Señor Emilio...
- EMILIO. Como verá usted, aquí el que canta, y claro, soy yo.
- (Cogiendo unas flores.)
- ¿Quiere usted unas lilas?
- RUFO. Muy agradecido. (Aparte.) Avisaremos al diestro de que ha habido suspensión.
- (Mutis por la iglesia.)
- EMILIO. ¡Granujas! Un día me van a buscar la ruina.
- (Entra en la casa, llevándose la regadera.)
- CIEGO. (A LA CIEGA.)
- ¿Qué, se atreverá usted a darle la cartita a la Manuela?
- CIEGA. ¡Huy, qué tío sapo! Me voy por no verle.
- (Se levanta y se dirige al jardín.)
- CIEGO. Se va usted pa quedarse con el duro, sino

que yo... (Se va tras ella.) no pienso perderla de vista. ¡Pobre ciego!

(Mutis por el jardín el uno tras la otra.)

M U S I C A

(Por la izquierda, en actitud de cansancio, entran en fila de a uno seis u ocho MANCEBOS (los coristas más jóvenes que haya disponibles). Llevan todos la misma vestimenta. Sombrero de paja con cinta multicolor, pantalón y zapato blanco y las americanas más ridículas que se puedan confeccionar. Bigotito rizadito. Todos traen su bastoncito de junco en forma de cayado, pero no en la mano, sino enganchado por el cogote al cuello de la camisa, por la sencilla razón de que vienen cargados con unas formidables macetas de albahaca o de lo que fuere. Con ellos, alegre, guapa y muy madrileña, sin chocarrerías, llega MANUELA. Traerá mantoncillo de crespón o chinesco.)

MANUELA. Pasen ustedes, señores,
sin recelo ni temor,
y San Isidro bendito
les recompense el favor.
De la Pradera a mi casa
hay una legua y un pico,
y vienen los caballeros
cargados como borricos.

MANCEBOS. Yo no merezco el elogio,
no vale tanto el favor:
cargar con una maceta
es fácil prueba de amor.
Con tal de ver ese cuerpo,
qué es una torre moruna,
usted me carga, si quiere,
con un armario de luna.

MANUELA. Dejen las macetas,
pónganlas allí.

MANCEBOS. Donde usted disponga,
reina de Madrid.

(Con el ritmo de la música, dejan las macetas
junto al puesto. En seguida se quitan el jun-
quillo del cogote.)

MANUELA. ¡ Oh, jóvenes amables,
cuánta bondad,
no sé cómo pagarles
tanta amabilidad!

MANCEBOS. ¡ Oh, celestial Manuela,
yo le diré
lo que por el transporte
quiero cobrarle a usted!

(Presumen un poquito con el junquillo, y luego,
muy melosos, le cantan a MANUELA.)

Allá en el puesto
de la Pradera
esta mañana
la contemplé,
y con un buche
de limonada,
al ver sus ojos,
me atraganté.

Le dije: "Reina,
yo soy su paje";
y usted entonces
me dijo así:

MANUELA. Si usted es mi paje,
yo se lo mando,
lleve estos tiestos
hasta Madrid.

(Ríe.)

MANCEBOS. ¡ Manuela!
¡ Manuela!

Todo el hombre que te ve
por ti se cuele...

¡Manuela!

¡Florista!

¡Ay, Manuela, por tu amor
estoy sin vista!

Desde el Santo me has traído
bien cargao...

¡Ay, Manuela, dame un beso,
que con eso
estoy pagao!

(MANUELA ríe.)

MANUELA.

Lo que me piden
no puedo darles,
por el motivo,
por la razón
de que hace tiempo
que en los altares
le di yo a un hombre
mi corazón.

(Altiua.)

Yo soy casada,
yo soy honrada,
y a galanteos
jamás doy pie...
Queréis un beso,
pues aguardarse
y a mi marido
consultaré.

(Ellos se ponen tristes.)

MANCEBOS.

¡Manuela!

¡Manuela!

¡La noticia, de verdá
que nos amuela!

¡Manuela!

¡Florista!

MANUELA. Siento mucho que les falle
la conquista.
Me han traído las macetas
hasta aquí...
Pa arreglar lo de los tiestos,
lleven éstos
hasta allí.

(Les indica los tiestos que están sobre el banco. Los mancebos se miran entre sí, vuelven a ponerse el junquillo atrás, cogen las nuevas macetas y se van, resignados, por donde vinieron, silbando el motivo "Manuela, Manuela", hasta el verso siguiente:)

MANCEBOS. ¡Ay, Manuela, dame un beso.
MANUELA. Van los pobres
acharaos.

(MANUELA ríe. De la casa sale EMILIO, con aire agresivo.)

H A B L A D O

EMILIO. ¿De dónde vienes? ¿Por qué te ríes?
¿Quiénes son esos niños góticos?

MANUELA. Vengo del puesto de la Pradera, y me río porque a esos niños góticos los he utilizado como soguillas para que me traigan esas macetas y se lleven otras tantas. Habilidad que tengo yo para buscarme la servidumbre gratuita y ahorrarte dinero.
¿Está explicado?

EMILIO. Manuela, me tienes sin vida... Yo comprendo que soy un posma; pero este veneno de los celos me va a comer el corazón.
¡Maldita sea!

MANUELA. No maldigas, hombre, que es pecao. ¿Pero qué es lo que ves en mí?

EMILIO. Lo que ve tó el mundo, y esa es mi pena. Tus ojos, tu risa, tu figura, tu juventud;

mientras que yo... Esta mañana me he quitao tres pelos blancos que no sé si son de viejo o de sufrir por ti... Los diecisiete años que te llevo me pesan como siglos.

MANUELA. ¡Ay, Emilio!... Ven acá; serénate. (Se sientan.) Tú sabes que eres mi primero y único cariño; tú me has visto criarme en esta casa, como una flor de tu jardín. En cada monjita del convento tenía yo una madre. Un día me dijeron todas a coro: "Nos alegraría que fueras la esposa de Emilio el jardinero."

EMILIO. Claro, para que te quedaras junto a ellas.

MANUELA. Pero como ellas eran mis madres y Emilio el jardinero un hombre muy simpático, que todos los días me regalaba con sus flores, tuve muy a gala el obedecer, y fuí tu esposa. Vestimos de amores la pobreza de nuestra casa, y Dios nos mandó esa hija y creció nuestra suerte, y hoy el jardinero de las Jerónimas tiene el puesto de flores más bonito de Madrid y otro puesto circulante pa las verbenas, y una mujer que, si la dejaran, estaría cantando a todas horas, por lo dichosa que es.

EMILIO. ¿Cantar?... ¿Qué has dicho, Manuela?... ¡Tú sabes que no quiero que cantes; no quiero yo! (Disimulando.) A las monjitas no les agradan esas paparruchas de las cupletistas.

MANUELA. No finjas, Emilio... A las monjitas, y a ti, y a todo el mundo le gusta lo que es bueno y hermoso, y la música lo es más que nada... Yo escucho el trinar de un pájaro y no le contesto por no enfadarte. ¿Por qué eres tan serio? Déjame que te cante

alguna vez, so tonto, que te va a gustar; que, a veces, una cancioncilla de la calle es como abrir una puerta en el silencio donde está prisionera nuestra alegría.

EMILIO.

Y por esa puerta se iría mi felicidad y el poco o mucho cariño que tú me tengas. Y por esa puerta entraría la admiración y el halago de la gente para arrancarte de mí. De la gente que a todas horas me dice que podías ser una artista grande. ¿Artista tú, maldita sea?... Tú eres pa mí, y la música, p'al gato, en forma de cascabel; y no hablemos más de música, que me subo al órgano y no va a haber pito que no suene.

(Entra por la izquierda AGAPITO, de cuarenta y tantos años, tipo de madrileño castizo, que lleva un hongo, una cadena de reloj muy gruesa, un vistoso alfiler de corbata y, en la mano, un bastón corpulento y abundantes anillos.)

AGAPITO.

Desde luego. Donde yo esté no suena un pito, sino todo lo contrario. Delante del jefe de la *claque* del Teatro Real no da un silbido ni la máquina del tren, porque descarrila.

MANUELA.

(Con alegría.) ¡Señor Agapito!...

AGAPITO.

Señor Fernández. Llámeme siempre por el apellido, porque, siendo jefe de la *claque*, si me dicen Aga-pito, tengo la obligación de no atender. A mí hay que decirme "Haga palmas"; pero no "Aga-pito", que me lo puso mi padre ignorando el glorioso destino que me reservaba la vida.

(Se frota las palmas de las manos.)

MANUELA.

Es verdad.

AGAPITO.

¡A ver!... ¡A cuántos barítonos no se les

hubiera reventao la nuez en un calderón si no entran a tiempo estas manitas con el aplauso de salvamento!

EMILIO. Pero también es triste tener que aplaudir a la fuerza.

AGAPITO. No lo crea usted. El aplauso es siempre alegre, y el que lo aplaudé todo, como yo, demuestra tener el espíritu sano. Yo le digo a usted que el que patea o silba en un teatro no es buena persona. El Arte es sagrado hasta con defectos, y al artista hay que aplaudirle siempre por un deber de cortesía.

EMILIO. Y por un montón de pesetas que le saca usted a la jefatura de la *claque*.

AGAPITO. ¡Cuidao! Eso son pluses de guerra. Yo riño cada batalla en el paraíso, que parece la rebelión de los ángeles.

MANUELA. Es que el Real, con toda su etiqueta, se las trae.

AGAPITO. ¡Toma! Allí a un cantante se le va un gallo y se arma en el gallinero un cacareo que aquello es la Plaza Mayor en Nochebuena.

MANUELA. Oiga usted... ¿Y el tenor Rondini, ha gustado?

AGAPITO. No me hables de Rondini, que me muero. Cantar, canta bien; pero tiene una fatalidad terrible.

MANUELA. ¿Sí?... ¿Qué le pasa?

AGAPITO. Nada; en el centro de la voz y en los graves, la cosa va bien; pero cuando ataca un agudo, se conoce que, con el esfuerzo, el gachó se pone bizco; pero bizco que da miedo. Excuso decirte. En el do de pecho se le metieron las pupilas entre barreras,

- y tú no has visto una cara más extraña. No se le veía de los ojos más que lo blanco. Y, de pronto, salta uno: "¡Rondini!... ¿Dónde están las niñas?... ¿Se te han ido a la kermesse?..."
- MANUELA. ¡Qué espanto!
- AGAPITO. Figúrate. Ya ves tú qué ese tenor venía de la Scala de Milán; bueno, pues si no es por mí, ese vuelve a la Scala escalabro.
- EMILIO. Pa que te vayas enterando, Manuela, que tó el monte no es orégano.
- AGAPITO. ¿Quién?... ¿Esta?... Si usted no fuera un ogro, vería usted el escándalo que iba a armar. Me juego su voz con la de la Patti.
- EMILIO. Usted, sí; pero yo no me la juego. Esta no canta más que jugando al tute de compañera conmigo.
- AGAPITO. Pues lo siento. Precisamente anoche hablaba yo de ella con Zabala.
- MANUELA. ¿El bajo del Real? ¿Ese tan famoso?
- AGAPITO. El mismo. Resulta que la Ferretti, esa tiplecita con la que tiene un dúo en "Las Aguilas", la ópera española, pues le ha salido un nódulo en una cuerda vocal y está muda. El jueves ponen la ópera otra vez y va a haber conflicto. Le hablé de ti a Zabala, y, mira, le ha entrao curiosidá y quiere probarte la voz. Es la ocasión de darte a conocer.
- EMILIO. El que se va a dar a conocer un día soy yo, a ver si dejan de tomarme el número cambio.
- MANUELA. Pero, Emilio, atiende a razones. ¿Qué mal hay en que ese señor me oiga? Figúrate que, a lo mejor...

EMILIO. Que, a lo mejor, le gustas, ¿no es eso?
¡Pero es que yo no quiero que le gustes
a nadie! ¿O es que no te enteras?

MANUELA. ¡Que puede ser nuestra suerte, Emilio!

EMILIO. Eso quiere decir que no estás conforme
con lo que tienes.

MANUELA. Lo que tenemos es una hija para la que
yo quisiera ganar todos los tesoros del
mundo. Y eso, vendiendo albahaca en la
verbena...

AGAPITO. ¡Por su hija, señor Emilio!

EMILIO. Ni por mi hija ni por mi padre. Y no discu-
tamos más, que se te va a estropear la voz.
Usted tendrá que hacer, señor Agapito; por
mí no se entretenga.

(MANUELA llora en silencio.)

AGAPITO. Ya me voy, señor Emilio; pero antes le
soltaré a usted un agudo, que yo los doy sin
ponerme bizco. Usted es un tirano que no
quiere a su mujer.

EMILIO. ¡Yo tengo derecho...!

AGAPITO. A todo, menos a ponerse atravesao entre
la gloria y ella. Puede que algún día le
pese.

EMILIO. ¿Qué quiere usted decir?

(Por el jardín llega UNA MONJITA.)

MONJA. Buenos días nos dé Dios.

MANUELA. Buenos días, hermana.

EMILIO. (Secamente.) Hola.

MONJA. Qué ola más encrespada, señor Emilio.
¿Está de mal humor?

EMILIO. Razones tengo.

MONJA. Nunca hay razón para la ira; pero, de to-

- dos modos, ahora se le pasará cuando escuche cantar a su esposa.
(Sorpresa en MANUELA, EMILIO y AGAPITO.)
- EMILIO. ¿Cómo dice? ¿Que mi mujer va a cantar? ¿Y quién lo manda?
- MONJA. Lo ruega la madre Superiora. Va a venir la señora marquesa de Villamerced, y ya usted sabe que nos ha ofrecido un altar. Y quiere la reverenda madre que Manuela cante el Avemaría para que la escuche la señora marquesa... Como tiene esa voz tan prodigiosa...
- EMILIO. Pero, hermana.
- MONJA. Va a cantar con nosotras. No diga que no. (A Manuela.) Cuando vaya a empezar la misa, la esperamos. Gracias, señor Emilio. (A AGAPITO) Quede con Dios.
- AGAPITO. Adiós, hermanita. (LA MONJA se va por donde vino.) Hasta ahora, señor Emilio; porque ese Avemaría no me lo pierdo. Si en la iglesia pudiera uno aplaudir, tú bisabas el Ave.
- (Sale, rápido, por la calle. Durante las últimas frases han llegado ROSARIO y MIGUEL, matrimonio joven que viene a misa.)
- ROSARIO. Pero, oye, Manuela: ¿es que vas a cantar tú?
- MANUELA. El Avemaría.
- ROSARIO. ¡Anda, qué bueno! Con las ganas que hay en el barrio por escucharte... Tú, Miguel, arréate a avisar a la Pepa, y a Julio, y al señor Benito. A todos los que veas.
- MIGUEL. ¡Escápao!... ¡La que se va a armar!
- (Se va, rápido, por la calle.)
- ROSARIO. Yo me voy adentro a coger sitio. ¡Digo!

La Manuela cantando!... Aunque hubiera que pagar.

(Entra en la iglesia.)

EMILIO. ¡Ea! Ya se formó el lío. Ya estarás contenta.

MANUELA. ¡Emilio de mi alma! ¿Pero ni siquiera esto? ¿Ni la iglesia te parece bien?

EMILIO. La iglesia, sí. Pero es que detrás de la Cruz está el diablo. Tú me entiendes.

(Se va a la calle con unas flores.)

MANUELA. Señor, perdóname; pero no puedo más... Me acosa con sus sospechas. Se imagina que no le quiero. Y, sin embargo...

MUSICA

MANUELA. ¿Me quieres? Te quiero.
Te di mi cariño
con la flor más nueva
de la juventud;
pidiendo caricias
la flor se hace mustia
si junto a los labios
la desdeñas tú.

Nadie comprende mi vida;
nadie comprende mi anhelo;
con el pregón de mis rosas
va el llanto de mis recuerdos.
¡Pobre barquilla, tan sola
entre los brazos del viento;
qué lejos está tu orilla,
qué lejos está tu puerto!
Y, sin quererlo esconder,

sale a mi boca el reproche
de mi angustia, hecha mujer.

Me quiere y le quiero.
¿Por qué su desvelo?
¿Por qué a su tormento
le busca razón?
Amor altanero
que velan los celos,
cuando es todo aliento
sobre el corazón.

Me quiere y le quiero.
¿Por qué a su alegría
le brinda la herida
que abre la traición?
Amor que pregunta,
amor que recela,
amor que no cree,
desdichado amor...

HABLADO

(Viene la CIEGA y se acerca a MANUELA.)

CIEGA. A ver si con esto se te alegran las penas.
Toma... Guárdatela.

(Cogiendo una carta que le alarga LA CIEGA.)

MANUELA. ¿Y esto qué es?

CIEGA. ¿No te lo figuras?... Eso es un corazón
dentro de un sobre.

MANUELA. ¿Sí, verdad? Pues échesele al gato o có-
maselo usted, tía bruja.

(Le devuelve la carta.)

CIEGA. Manuela, yo... Es que me han pedido este
favor, y la miseria obliga.

MANUELA. ¿A qué le obliga? ¿A sacar las uñas con-

tra mi vergüenza? Por lo visto, es poco lo que yo tengo en casa y viene usted a ayudarme a bien morir. ¿Pero usted por quién me ha tomado?

(Salen de la iglesia ANTONIO y RUFO.)

CIEGA. (Suplicante.) ¡Manuela!

MANUELA. ¡Quítese usted de mi vista, o le parto el alma!

(Coge lo primero que tenga a mano.)

CIEGA. ¡Jesús!

(Huye por el jardín.)

MANUELA. Venirme a mí con cartitas. (Mirando a ANTONIO.) Y a lo mejor será del flamenco este.

RUFO. De éste, no, porque no sabe escribir.

ANTONIO. Ni me hace falta para quedar como un hombre. Y a eso vengo. Llegué aquí con una mala idea referente a usted; pero como esta tarde tengo que jugarme la vida, le he suplicado a la Virgen que me libre de todo mal, y yo creo que me ha escuchado. Por lo pronto, le pido a usted perdón por haberla ofendido con el pensamiento. No me guarde usted rencor, Manuela.

MANUELA. (Tendiéndole la mano.)

Que Dios le dé mucha suerte.

ANTONIO. Gracias. (A RUFO.) Vamos.

(ANTONIO hace mutis por la izquierda.)

RUFO. Es un chiquillo.

MANUELA. Lo sé.

Y usted un granuja.

RUFO. ¿Por qué

soy yo un granuja, serrana?

MANUELA. Porque me da a mí la gana
de hacerle ese honor a usted.

(MANUELA entra en la casa, y RUFO se va por
la izquierda.)

M U S I C A

(Por la izquierda entra MATEO, lacayo de la
MARQUESA DE VILLAMERCED, con otros CUATRO
LACAYOS, todos de chistera, pantalón gris, frac
de color marrón, bota alta negra y chaleco gris.
Cuello de pajarita y corbata negra. Cada uno
de ellos trae una silla de tijera, bonita, que co-
locarán en fila frente al público, quedando ellos
de pie detrás.)

LACAYOS. La señora marquesa
viene al templo a rezar;
la señora marquesa
tiene que descansar.

(Unos a otros.)

La señora marquesa
no se tiene de pie
y por eso en mis brazos
la llevé alguna vez.
Y aunque no está muy gruesa,
hay que ver lo que pesa
la señora marquesa
de Villamerced.

(Entran la MARQUESA DE VILLAMERCED y otras
CUATRO SEÑORAS. Todas ellas son viejecitas,
muy anticuadas en el vestir y se apoyan en su
bastón respectivo; pero tienen las caras fres-
cas y alegres.)

MARQUESA. Como siempre, Mateo,
murmurando estarás...

TODAS. Y es un vicio muy feo
el de hablar por detrás.

MARQUESA. Desde allí te he sentido...

- LACAYOS. La engañaba el oído;
la cotorra habrá sido
quién hablaba de más.
- TODAS. Buena contestación.
¡Qué cotorra tan parlera,
pues a ver si no se entera
de que venimos de la Pradera
del Santo Patrón!
(Se sientan y cada una de ellas saca un pito del Santo.)
- MARQUESA. Aunque ya soy vieja,
tengo muy presentes
los lejanos días
de mi mocedad.
Y al llegar el Santo,
como en otros tiempos,
bajo a la Pradera
para recordar.
En los caballitos
conocí a un cadete,
que me dijo finas
palabras de amor.
(A LOS LACAYOS.)
- TODAS. ¿Sabes tú, Mateo,
qué fué del cadete?
- LACAYOS. Que hoy ya tiene un nieto
que es gobernador.
- MARQUESA. Tiempos que pasaron
y no volverán...
Pero aquí está el modo
de resucitar.
(Tocan los pitos.)
- MARQUESA. Cierta mozo crúo,
rey de las Peñuelas,
que con mucho garbo
me ofreció un clavel:

“Póngalo—me dijo—
con los que en su cara
lleva la marquesa
de Villamerced.
Yo, muy complacida,
le tendí la mano;
y él, rendidamente,
mi mano besó.

(A LOS LACAYOS.)

TODAS. ¿Sabes tú, Mateo,

qué fué de aquel mozo?

LACAYOS. Pues que al darle el beso
le quitó el reloj.

MARQUESA. Tiempos que pasaron
y no volverán...
Pero aquí está el modo
de resucitar.

(Tocan los pitos como antes.)

MARQUESA. (I) Un poeta rubio
de negra chalina,
sobre mi abanico,
de encaje y marfil,
escribió un soneto
donde me decía:

“Las rosas se mueren
de envidia de ti.”

Cual los trovadores
de siglos pasados,
junto a mi muñela
se puso a cantar.

(A LOS LACAYOS.)

TODAS. ¿Sabes tú, Mateo,
qué fué del poeta?

(I) Aunque en la partitura sólo constan las dos letras anteriores, insertamos esta tercera para la repetición del número.

LACAYOS. Pues que de un guantazo
le hicieron callar.

MARQUESA. Tiempos que pasaron
y no volverán...
Pero aquí está el modo
de resucitar.

(Otra vez suenan los pitos, y se los entregan a
Los LACAYOS, que hacen mutis tocándolos. Las
MARQUESAS ríen su diablura.)

H A B L A D O

MARQUESA. En fin, la que no se consuela es porque
no quiere.

(Sale MANUELA, por la derecha.)

MANUELA. Señora marquesa, buenos días. ¿Vienen
de la Pradera?

MARQUESA. ¡Calla! Travesuras de la edad... ¿Cantas,
por fin, el Ave María?

MANUELA. ¿Pero cómo lo sabe usted?

MARQUESA. Porque soy yo quien lo ha pedido. (Ríe.)
Vámonos adentro. Ahora veréis canela.

(Entran en la iglesia. Llega de la calle BERNARDO,
el sacristán, seguido de tres o cuatro mujeres y
algún hombre.)

BERNARDO. Por aquí, Pilar. Enrique, ir pasando. (A
MANUELA.) Mi cuñada, las chicas y unos
vecinos, que vienen a oírte el Avemaría.

PILAR. La ocasión la pintan calva.

ENRIQUE. Y ya que no puede ser "La Revoltosa"...

BERNARDO. Te advierto que éste, desde que se casó,
no ha vuelto a entrar en la iglesia.

ENRIQUE. Figúrese cómo me habrá ido. Ahora que
por oírla a usted cantar era yo capaz de
casarme de nuevo.

(Ríen.)

- MANUELA. Pues muchas gracias.
(Viene de la calle MIGUEL, seguido de LA PEPA, que es ama de cría; del SEÑOR BENITO, guardia, y de JULIO, cartero, que trae su carterón.)
- MIGUEL. Aquí la tenéis.
- PEPA. (Muy vasca.) Y aquí me estoy yo pa escuchar esos aguaseros del vós presioso que se tiene Manuela, aunque la señora me eche al charco por dejar al chico a mitad de ración. Luego le daré más.
- MANUELA. Menos mal que el alimento no se echa a perder.
(Ríen todos. Suenan la campana llamando a misa. A BENITO.)
- ¿Usted no estaba de servicio, señor Benito?
- BENITO. Naturaca. Por eso vengo, pa custodiarte, por si te roban las perlas que van a salir de tu garganta.
- MANUELA. Pues mira Julio, con lo que tiene que repartir.
- JULIO. Que reparta San Isidro mientras yo te escucho.
(JULIO entra rápido en la iglesia. Los otros, riendo, hacen mutis detrás de él. PEPA se echa la saya por encima de la cabeza. Cesa la campana. Por la izquierda llegan AGAPITO y ZABALA, el bajo del Real. Muy bien vestido, sombrero y corbata bohemios.)
- AGAPITO. Pase usted. (Al ver a MANUELA.) Hombre, la referida. Ya estoy de regreso, Manuela. Fíjate en quién te traigo. ¿Sabes quién es este señor?
- MANUELA. ¿Cómo no he de saberlo? El señor Zabala, un artista que da gloria oírlo.
- ZABALA. Muchas gracias, señorita.

- AGAPITO. Señora. Si es casada.
- ZABALA. ¿Casada? ¿Y tiene voz? ¿Qué lástima!
- AGAPITO. Y con un marido que muerde a las visitas. Pero la afición tira mucho, ¿verdad, Manuela?
- MANUELA. Daría mi vida por cantar en un teatro.
- AGAPITO. Toma, y se la juega por ir a la ópera sin que se entere el *cónyugue*. Tiene una tía que no se habla con él, y de vez en cuando la ponemos mala y ya ésta a cuidarla por las noches. La tía se llama "La Traviata", "Lucía", "Tosca"...
- ZABALA. ¿Y "Las Aguilas", la ópera española, la ha visto?
- MANUELA. Sí, señor; estuve en el estreno.
- AGAPITO. Que agarró la tía un cólico cerraó, pobre-cita.
- MANUELA. El dúo de Maravilla con el general francés es divino.
- ZABALA. Muy ligerito, se pega mucho.
- MANUELA. Como que yo creo que me lo sé.
- ZABALA. No es posible... Es decir... ¿Usted sabe música?
- MANUELA. Me enseñaron las monjitas.
- AGAPITO. Que sí, señor Zabala; y además tiene un memorió. Tararále algo, anda... Así, pianísimo...
- MANUELA. ¿Aquí?
- ZABALA. ¿Recuerda usted cuando entro yo y dicen los violines...

M U S I C A

(ZABALA ejecuta la introducción de este número, mientras los otros dos personajes, como si escucharan, van siguiendo el ritmo con leves movimientos de la cabeza y de las manos. MANUELA

en seguida recoge la melodía y la tararea muy piano.)

- MANUELA. La, la, la, la, la, la,
la, la, la, la...
- ZABALA. La, la, la, la, la, la,
la, la, la, la...

(Insensiblemente, como olvidándose de lo que les rodea, crece en ellos el recuerdo de la página musical y cada vez más entusiasmados dan vida a la situación de aquélla, terminando por cantar el dúo como si estuvieran en el escenario del Real. AGAPITO va de puntillas a sentarse junto al puesto de flores y escucha con verdadera devoción. De vez en cuando hace ademán de dirigir una orquesta imaginaria y da la "entrada" a los cantantes. Oportunamente llegarán EL CIEGO y LA CIEGA, que, asombrados, se quitan las gafas. Saldrán de la iglesia BERNARDO, las cuatro JOVENCITAS y su MAMÁ y algunos POLLOS, JULIO y PEPA, y por la calle, ANTONIO, RUFO, MATEO y DOS LACAYOS más. Todos ellos adoptarán diferentes actitudes de sorpresa y admiración. Procúrese dar la mejor plasticidad posible a estos momentos.)

- ZABALA. Maravilla,
flor y nata
de la Corte
de Madrid.
- MANUELA. Esas frases,
caballero,
son honores
para mí.

- AGAPITO. Y al suspiro que da el general
estalla en la orquesta
la voz del metal.

(Imita el metal de la orquesta.)

Pa-ra-pa-pá
pa-ra-pa-pá.

pa-ra-pa-pá-pa
 pa-pa-pa-pá.

ZABALA.

Maravilla,
 labios color de amapola,
 negros y ardientes los ojos
 como una noche española...

Maravilla,
 luz de belleza y misterio,
 sólo por una mirada
 te regalara un imperio.

MANUELA.

Cortesano,
 vuelve a tu tierra francesa,
 porque una maja no puede
 ser, en París, vizcondesa.

Coracero,
 de la rizada patilla,
 no hay general que conquiste
 el alma de Maravilla.

AGAPITO.

Entra el general
 con ella en el jardín;
 calla el metal
 y suspira el violín...

(Imita el violín.)

Porque la tiple
 tiene una canción
 con mucha picardía
 y emoción.

MANUELA.

No me molesta ni enfada
 sentirme adorada
 por un general.

CONJUNTO.

No le molesta ni enfada
 sentirse adorada
 por un general.

- MANUELA. Que sus amores me canta
poniendo a mi planta
la espada inmortal.
- CONJUNTO. Que sus amores le canta
poniendo a su planta
la espada inmortal.
- MANUELA. Pero hay un bravo chispero
que es el que yo quiero
con todo mi amor.
Y es tan rumboso y templao,
que me ha regalao
la Plaza Mayor.
- CONJUNTO. Es la Maravilla
y es el general...
Lo mismo que cantan
en el teatro Real.
- AGAPITO. Silencio los coros,
escuchen al divo;
veréis cómo ahora
repite el motivo.
(Imita el metal.)
Pa-ra-pa-pá
pa-ra-pa-pá
pa-ra-pa-pa-pá.
pa-pa-pa-pá.

-
- ZABALA. Maravilla,
Napoleón si te viera
de las hermosas del mundo
Napoleona te hiciera.
- MANUELA. Caballero,
ni por su cetro y corona
puede importarme un ardite
Napoleón en persona.
-

AGAPITO. Atención el coro,
que hay que *bisar*
la primera estrofa
de ese cantar.

TODOS. Maravilla
tiene su majo chispero.

AGAPITO. (Mandando callar.) ¡Chiss!...

MANUELA. { que le rindió, en un piropo,

ZABALA. { su corazón por entero.

TODOS. ¡Maravilla!...

H A B L A D O

(Todos los testigos aplauden.)

AGAPITO. ¡Brrravo!... ¡Brrravisimo!

ZABALA. ¡Muy bien!... Es realmente extraordinario.

AGAPITO. ¡Otro aplauso!...

(Vuelven a aplaudir todos.)

MANUELA. ¡Pero qué estoy haciendo, Dios mío!...

EMILIO. (Por la calle.) Eso mismo pregunto yo.
¿Qué cuchipanda es ésta y qué desvergüenza es la tuya?

MANUELA. ¡Emilio, no me faltes!

EMILIO. ¿Faltarte?... ¡Y te voy a cortar la lengua!

(Se va hacia ella.)

ANTONIO. ¡A esa mujer!...

RUFO. (Deteniéndole.) ¡Tú, quieto!

MAMÁ. ¡Jesús!

ZABALA. (Que ha sujetado a EMILIO.)

¿Qué va usted a hacer, amigo?

EMILIO. ¡Yo no soy amigo de nadie!

ZABALA. Aburrido debe usted de andar.

(Aparece LA MONJA en la puerta de la iglesia.)

- MONJA. Manuela... Vamos.
- (MANUELA mira a los hombres con cierta angustia, y entra en el templo con LA MONJA y todos los presentes, excepto EL CIEGO y LA CIEGA, que se van por el jardín, y LOS LACAYOS, que hacen mutis por la calle.)
- RUFO. (A ANTONIO.) Nosotros, a la calle.
- ANTONIO. Déjeme usted, señor Rufo. Si ya tengo la herida cerrá...
- (Entran en la iglesia.)
- ZABALA. ¿Usted es el esposo de esta muchacha? -
- EMILIO. Sí, señor. ¿Qué hay?
- ZABALA. Pues que es una lástima que esté escondida, ignorada. Ella podría ser una gran cantante.
- EMILIO. Ella será lo que quiera yo.
- ZABALA. Eso lo dice usted porque es celoso. Mal asunto. Pero una advertencia le voy a hacer. Tiene usted un rival de mucho peligro.
- EMILIO. ¿Quién?
- ZABALA. El Arte. Buenos días, señor. Con su permiso, voy a escucharla otra vez.
- AGAPITO. Que vale la pena.

MUSICA

(Dentro suena el armónium preludiando el Ave María. AGAPITO y ZABALA entran en la iglesia. EMILIO vuelve a sus flores, pero cuando escucha la voz de MANUELA, se lanza hacia la puerta del templo. Se entreabre el portón, parpadeando en la lejanía las luces del altar mayor. EMILIO se detiene, apoyándose en una de las columnas.)

- MANUELA. (Dentro.) Dios te salve, María;
llena eres de gracia,

el Señor es contigo,
bendita Tú eres
entre todas las mujeres
y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús.

(Durante el Ave María, que continúa hasta que cae el telón, EMILIO vuelve lentamente hacia el puesto de flores. Se sienta, apoya el codo en la rodilla y la cara en la palma de la mano y, siempre despacio, saca el pañuelo, se lo lleva a los ojos y llora en silencio. De la casa sale una NIÑA, que mira a EMILIO y corre a abrazarle. EMILIO la besa frenéticamente. Entra LA CIEGA por el jardín, avanza hasta el centro de la escena, mira a EMILIO y a su hija y dice, moviendo la cabeza.)

CIEGA. ¡Señor, Señor!... ¡Lo que me quedaba
que ver!...

T E L O N

ACTO SEGUNDO

Taller de sastrería teatral que tiene instalado AGAPITO en un lugar típico de Madrid. A la derecha, primer término, puerta que lleva a la escalera de la calle. En segundo término, pasillo. En el foro, hacia el centro, amplio ventanal, que deja ver el Palacio Real y la cúpula de San Francisco el Grande. El foro derecha es una puertecilla que da paso a una terraza, cuajada de macetas y de flores. A la izquierda, primer término, una puerta de la vivienda; segundo término, en chaflán, puerta en arco que da paso al almacén, viéndose el comienzo de las estanterías. Colocados en pies de madera y maniqués, algunos trajes de teatro, en colorines, como uniformes de húsares, casacas bordadas, ropajes encarnados de monaguillos y trajes del Tenorio. Una chaquetilla de torero y un traje de bailarina en lentejuelas. Macetas sobre el quicio del ventanal y al pie de él. Todo muy alegre. Una mesa grande de plancha junto a la ventana, y cerca unas cuantas sillas bajas. Son las cuatro de la tarde de un día de mayo.

Entre este acto y el anterior han transcurrido quince o dieciséis años.

(Al levantarse el telón, CASTA, la maestra del taller, entrada en años, algo bigotuda y muy remangada, está planchando unos vestidos de gitana, que tiene sobre la mesa. ANITA y varias muchachas, sentadas en las sillas, cosen otros vestidos.)

MUSICA

ANITA
y CHICAS.

Tiene la Tarara
cierto parpadeo
que la ven los hombres
y les dan mareos...

La Tarara sí,
la Tarara no,
la Tarara mía
de mi corazón.

CASTA.

(Muy engoláda.)

No cantéis, muchachas,
que lo hacéis muy mal,
y yo he sido tiple
del Teatro Real...

La Tarara sí,
la Tarara no,
la Tarara mía
de mi corazón.

ANITA
y CHICAS. }

Diga usted, maestra :
¿pero es de verdá
que usted cantaba ópera
en el teatro Real?

CASTA.

Canté la "Tosca",
y en una nota aguda
tuve la desgracia
de quedarme muda...

(Llamando por la puerta del almacén.)

¡Agapito!...

ANITA
y CHICAS. }

(En voz baja.)

Cuando la maestra
fué a cantar la "Tosca",
dijo todo el mundo:
"¡Ahí te va esa mosca!"

(Ríen.)

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

CASTA.

¡Agapito!

AGAPITO.

(Dentro.)

¿Qué cuerda vocal se te ha roto?

CASTA.

¡Que llames por teléfono al Teatro Apolo
y que vengan a recoger las gitanas del se-
gundo cuadro!

AGAPITO.

¡Ahora mismo!

CASTA. Una soprano como yo confeccionando trajes para el género chico! ¡ Non posso cade re piu!

(Por la puerta del almacén sale AGAPITO en mangas de camisa. En el pecho lleva prendido un acerico de alfileres, en la mano trae una escuadra de dibujo y unas tijeras de sastre y al hombro una prenda cualquiera, de colorín, y una cinta métrica.)

AGAPITO. Oye, Casta... Te estoy oyendo desafinar. Por muy soprano que hayas sido, no te consiento que desprecies al género chico. Yo me he pasado veinte años aplaudiendo óperas; pero cuando quería divertirme de veras, reír y llorar y sentir en mis venas una música hecha con la alegría, con la emoción y con la gracia de España, me iba a Novedades, a Apolo y a la Zarzuela, y me deslumbraba con esas joyas líricas que no ha tenido nadie más que nosotros y que, derrochando grandeza, se llamaban "género chico".

CHICAS. ¡¡Ole!!

(Mientras AGAPITO hablaba ha aparecido en la puerta de la derecha FAUSTINO, joven, elegante y marchosito.)

FAUSTINO. ¡Ole, sí, señor! Lo más bonito del universo.

AGAPITO. ¡Tú eres muy joven!

FAUSTINO. Pero, aunque yo vine al mundo después de "La Revoltosa", como nació madrileño —bautizado en la Paloma—, metidas llevo en el alma las melodías gloriosas de todo el género chico, de todas aquellas joyas,

diamantes de luz eterna
sobre la escena española...

Yo, casi no las he visto
¡y me las sé de memoria!

(Las luces de escena se amortiguan casi totalmente, y un foco blanco ilumina el ventanal, que habrá de llenarse de claridad irreal y por el que irán desfilando, caracterizados, los personajes del género chico que nombra FAUSTINO en la canción siguiente.)

(La expresión que ofrecen en sus pasadas, estas imágenes del recuerdo de FAUSTINO, es la que determina con mayor fuerza la norma de su carácter en la pieza que personifican, y por la que la generación actual los conoce y los ha hecho familiares a su respetuosa contemplación.)

CANTADO

FAUSTINO.

Lo mismo que monumentos
de gracia y de picardía
surgieron en el tablado
los ratas de "La Gran Vía".

(Salen los tres ratas por la izquierda del ventanal, para desaparecer, como los demás, por la derecha. Cuidese de la exactitud de la aparición, en el momento de la evocación orquestal.)

Felipe y la Mari-Pepa.
¡Qué pareja tan serrana!

(FELIPE, por la derecha; MARI PEPA, por la izquierda. Se miran, hay un desplante en ambos, y hacen mutis por el lado contrario al que salieron.)

La Antonia y el Cherubini
de "El dúo de la Africana"

(Salen estos dos con los trajes de "La Africana".)

Sir Jorge y la Viejecita
—pues Carlos se ha disfrazado—,

(EL INGLÉS abre paso y LA VIEJECITA le hace

una reverencia al pasar delante de él para entrar en el sarao.)

y la Cosette de "Bohemios",
que lleva a Roberto al lado.

(COSETTE, delante, juguetona, y ROBERTO, detrás, tratando de convencerla.)

¿Qué tienes en la mirada?,
dice a Margot el capitán.

(Surgen MARGOT y ALBERTO, de "Molinos de Viento", amoroso él, ella satisfecha de sentirse adorada.)

Y "El tambor de granaderos"
contesta: "¡Plan-rataplán!

(Sale el GASPAS, marcando mucho el paso.)

La alegría de la huerta
son Carola y Alegría...

(Ambos mirándose mucho, muy felices.)

y en "Agua y azucarillos"
Manuela es una bravía.

(Sale MANUELA con el botijo y vasera, estampa del genio madrileño.)

Pastora, en "La patria chica",
con el maño se pelea

(Salen PASTORA y MARIANO, simulando cómico enfado.)

y "El barquillero", entretanto,
sus barquillitos vocea.

(Sale PEPILLO, el barquillero, y pregona su mercancía con el gesto travieso.)

¡Verbena de la Paloma,
llena de gracia y pasión!
¡Casta y Susana! ¡Qué envidia
le tengo a don Hilarión!

(Aquí está DON HILARIÓN, acariciando a sus dos chulapas, riendo con ellas, camino de la verbena.)

¡Verbena de la Paloma,
 llena de gracia y pasión!
 ¡Este es el género chico
 que llevo en mi corazón!

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

FAUSTINO. Género chico, grandeza
 hecha en el fruto del alma
 de músicos y poetas
 que fueron gloria de España.

CANTADO

MUJERES. (Dentro, muy lejos.)
 Por ser la Virgen de la Paloma...

HOMBRES. (Dentro.)
 Llevando en nuestras almas...
 (Desaparece el foco y vuelve la luz a la escena.)

HABLADO

AGAPITO. Bueno, has llegado a tiempo. ¿Qué te parece la ropa de la compañía, señor empresario?

FAUSTINO. Estupenda. Es usted un sastre de categoría. A esta ropa no le falta un detalle.

AGAPITO. ¿Cómo que no? Le falta un detalle importantísimo.

FAUSTINO. ¿Cuál?

AGAPITO. Que me la pagues por adelantao, no vaya a ser que el negocio se te dé mal.

FAUSTINO. Sí, hombre; ahora mismo. Tengo un montón de billetes que levanta más que usted. Y agallas para perderlo en los negocios... Porque soy un enamorao del arte lírico... Pero muy enamorao... Y cuando yo estoy

enamorao, lo mismo me da ocho que ochenta. Ríase usted del Julián.

(Mutis por el almacén.)

AGAPITO. ¡Y ríete tú del Tarugo!... El niño este se ha creído que yo me chupo el índice.

CASTA. Y te lo chupas que te lo desgastas. Porque lo de meterse a empresario no es más que un pretexto para colarse aquí.

AGAPITO. Pues no cabe duda de que se ha colao.

CASTA. La que se ha colao es la niña, que hace números por él. Y el Faustino este es de mucho cuidao. Y la responsabilidad de lo que pase es tuya. ¡Que venga su madre y se la lleve! ¡Tú no tienes por qué servir de guardián a hijas de nadie!

AGAPITO. ¡Casta, que tengo la escuadra en la mano y te voy a echar a pique tóos los dientes!

ANITA. ¡Vamos, maestro!...

CASTA. No, si me pegará. Si hace mucho tiempo que está deseando darme una paliza.

AGAPITO. Una ilusión que tengo desde antes de casarnos; desde que perdí la *claque* del Real por tu culpa.

ANITA. ¿Pues qué le pasó?

CASTA. ¡Cuéntales la gracia, hombre!

AGAPITO. Y se la cuento. Aquí la dama estaba en el coro, y una noche, en "Rigoletto", se pone mala la tiple, y como ésta tenía voz, digo: "Vaya, la ocasión de revelarte..." Hablo con el director: "¡Pero, hombre!..." "¡Nada, que salga; verá usted canela!..." Se va a repetir el caso de Maravilla..." Y salió... La gente se quedó un poco parada. "Vamos a ver..." Pero llega el dúo del tercer acto entre barítono y soprano, y cuando la Gilda tiene que decir:

*Tutte la feste al tempio
mentre pregaba Iddio...*

va y dice:

*Tute de reyes tengo;
veinte en espadas yo.*

Y, claro, amparaos en el tute, nos arras-
traron a ella y a mí.

(Ríen ANITA y las CHICAS.)

CASTA. Si yo hubiera tenido protectores, como la
Manuela...

AGAPITO. La Manuela no tuvo más protector que el
“quid divinum” del arte... Salió en un re-
pente, como tú... Le dieron la Maravilla,
la tiple de “Las Aguilas”. Y a los cinco
minutos, la que pregonaba tientos de al-
bahaca por dos pesetas le hubieran pagao
diez mil por el mismo pregón. Allí se aca-
bó la Manuela y allí nació Maravilla, que
es como la nombran en el mundo entero;
Maravilla, un prodigio de arte, de hermo-
sura, de talento, y, por si algo le faltaba,
española... ¡y madrileña!

(Las CHICAS le escuchan embobadas.)

CASTA. Yo también he nacido en Madrid.

AGAPITO. ¡Lo tuyo fué un descuido del Ayunta-
miento!

ANITA. Cuéntenos usté más cosas de Maravilla...
¿Es verdá que en el Japón la regalaron un
collar de perlas que salta a la comba
con él?

CASTA. ¡Toma!... Se habrá saltao tantas cosas...

AGAPITO. Me apuesto el cuello a que no. ¿Pa qué se
va a hacer de menos una mujer que canta
en Nueva York y no queda oro ni pa una
muela?

ANITA. Oiga usted: a mí me han dicho que en la corte de Viena se suicidó un duque por el amor de Maravilla.

AGAPITO. Eso fué una trola de la propaganda.

CASTA. ¿También fué propaganda lo del marido?

AGAPITO. ¡Cuidao! El Emilio se fué del mundo de cabezota que era. Maravilla quería tenerlo a su lao de..., ¿cómo se dice? De manager.

ANITA. ¿Y qué es eso?

AGAPITO. Manager. Esos que llevan las maletas. Pero él la dijo que se fuera sola. Y cuando ella tomó el portante, el Emilio, en venganza, fué y se murió. A mala idea.

CASTA. Entonces es cuando ella debió llevarse a su hija.

AGAPITO. No te hagas la madrastra, que tú la quieres más que yo.

CASTA. Por eso mismo. Cualquier día viene su madre, nos la arrebatá, y entonces serán los llantos... Pero prefiero ese amargo dolor a que el gavilán que está allá dentro se lance con ella en la vorágine de la perdición.

AGAPITO. Ya ves. Tú, empeñada en cantar ópera y resulta que eres Borrás. ¡Qué cacho de artista se ha perdido el mundo.

(Por la derecha entra ELVIRA, muchacha bonita y muy elegante. Trae en la mano unos periódicos gráficos o revistas extranjeras.)

ELVIRA. ¡En el mundo no hay más artista que mi madre de mi alma!

(Se quita el gorro y lo deja, con el bolsillo, sobre la mesa.)

Bueno, vaya una mañanita de trajín. Estuve en el "skating", en la perfumería, en el zapatero... Y después, en la boda de

Carmela Rivas... Por cierto que ha acabado la comida como el rosario de la aurora.

AGAPITO. ¡Arrea! Pues ¿qué ha pasao?

ELVIRA. Nada. Tienen un primito muy mōno que me ha puesto cerco. Y como no le hago caso, se enredó a pinchar con la vida libre de los artistas... Aludiendo a mi madre, naturalmente. De modo que cuando se iba a tomar el café, le di en el codo y se lo ha tomado por la corbata. ¡Un café más negrito!...

(Rien ELVIRA, ANITA y las CHICAS.)

AGAPITO. ¡Bien hecho! De tu madre no hay quien pueda decir una palabra.

ELVIRA. No, si todo es envidia. Porque, fijarse...

(Mostrando las revistas.)

Una revista de Nueva York, otra de Londres, otra de París... Maravilla por todas partes...

AGAPITO. ¡Qué guapa está!

ANITA. ¿A ver?... ¡Huy!... ¡Preciosa!

AGAPITO. Mos... mos... Oye: ¿y aquí qué dice?

ELVIRA. (Leyendo en inglés.)

The most beautiful artist in the world.

AGAPITO. Tradúcemelo al dialecto de la calle Carretas.

ELVIRA. La artista más hermosa del mundo.

AGAPITO. ¡Ole!

ELVIRA. (Leyendo otro periódico en francés.)

Voici Maravilla, la charmante étoile espagnole, la voix miraculeuse qui triomphe toujours.

AGAPITO. ¡Qué barbarité!

ELVIRA. (Mostrando otros periódicos.)

Roma... Berlín... Todo el mundo la quie-

- re y la aplaude, y yo más que todo el mundo... Pero ella, en cambio...
- AGAPITO. ¿Qué hablas, Elvira?
- ELVIRA. No la he visto más que tres veces en quince años, cuando estaba en el colegio.
- AGAPITO. Es igual. El cariño de tu madre, cuya representación ostentamos, no se separa de ti. Ella está tranquila por eso.
- CASTA. Demasiado tranquila.
- AGAPITO. ¡Cállate, Casta, o te quito las patas de gallo! (La amenaza con la plancha.) Que estoy muy quemao... (Se quema.) ¡Ay!
- ANITA. ¡Maestro, por Dios!
- ELVIRA. (A CASTA.) Oiga... ¿por qué ha dicho usted eso?
- CASTA. Porque te veo muy encalabrinada con el Faustino. ¡Ya está!
- ELVIRA. Pues, en el caso de que fuera cierto, no debieran ustedes torcer mis simpatías. Que es lo que se pretende. Con toda su frescura, su marchosería y su mala fama, el Faustino me hace tilín. Francamente. En cambio, Rafael, con todo su aire bohemio y romántico, y sus reverencias versallescas...
- AGAPITO. ¡Y su cariño verdadero!... Y un porvenir fantástico, porque tiene una voz de oro, que, te lo digo yo, que le he descubierto como descubrí a tu madre. Rafael es honrao y bueno, y va a ganar millones, y te quiere con delirio...
- ELVIRA. Quizás; pero me empalaga. Demasiado dulce. ¿Comprende?...

(Inicia mutis por la puerta de la vivienda.)

Rafael es el arropo... Y Faustino... ¡el salero!

(Mutis.)

AGAPITO. ¡Y a ti, aunque hablas inglés, te gustan los camarones!

CASTA. Esta nos va a dar un disgusto de muerte.

AGAPITO. No lo creas. Más difícil eras tú, y fíjate luego... Ibas por la calle a gatas detrás de mí.

(Ríen las CHICAS. Por la izquierda entra DON SAMUEL, viejecito pobre y aseado. Lleva un violín y el arco bajo el brazo. Se quita el sombrero.)

D. SAMUEL. Ave María Purísima.

ANITA. Hola, don Samuel. Venga, niñas; suscripción al canto.

CHICA 1.^a Mi perra gorda. (Se la da.)

CHICA 2.^a Vaya. Esta noche me voy a pie hasta Cuatro Caminos. (Le da otra perra.)

ANITA. Así llegas con hambre.

(Las otras muchachas le han dado a ANITA unas monedas, que ella entrega a DON SAMUEL.)

Aquí tiene, don Samuel.

D. SAMUEL. Dios se lo pague. Pero es que hoy... hoy necesito mucho más.

(Por la puerta del almacén, sale RAFAEL, joven, vestido modestamente y con aire de artista. Queda allí presenciando la escena.)

AGAPITO. Tóme usted una peseta.

D. SAMUEL. (Sin cogerla.) Es poco.

AGAPITO. ¿Poco? ¡Anda, qué gracia!

D. SAMUEL. Me echan del cuarto, don Agapito, y con razón... Debo cuatro meses... Y como usted anda en relación con los teatros, yo venía a ver si sabe usted de alguien que me quisiera comprar el violín... En mis manos ya no suena bien; pero es muy bueno... Yo pue-

do pedir limosna sin necesidad de molestar a la gente...

(Las CHICAS se emocionan.)

RAFAEL. ¿Es usted artista?

D. SAMUEL. Lo fui muy modesto... Pero, claro, ya, tan torpe...

RAFAEL. ¿Cuánto quiere usted por el violín?

D. SAMUEL. ¡Qué sé yo!... Lo que me quieran dar.

RAFAEL. ¿Cuarenta duros?

D. SAMUEL. ¡No; tanto no!

RAFAEL. Sí, hombre; cuarenta duros. Ahí van.

(Saca del bolsillo del pantalón dos billetes, se los entrega y recoge el violín.)

AGAPITO. Pero ¿qué haces, Rafael? ¿Para qué quieres tú un violín?

RAFAEL. ¡Misterio!... Supongamos que hay un artista desvalido... Este señor, por ejemplo... Pues como yo tengo un violín y no lo sé tocar, se lo regalo. Ahí lo tiene usted (Se lo vuelve a colocar debajo del brazo.) y se va por el mundo tan contento a ganarse la vida.

(Dándole unas cariñosas palmadas en el hombro.)

Mi querido amigo... Ya se puede usted marchar.

D. SAMUEL. Gracias, señor... Dichosos los ricos cuando saben serlo. Muchas gracias. (Mutis)

AGAPITO. ¿Los ricos?... Pero si ese dinero...

RAFAEL. La semana de préstamo que acaba de darme mi empresario.

AGAPITO. ¿Y te has quedao sin dos reales?

RAFAEL. Yo soy un millonario de la ilusión.

AGAPITO. Tú eres... un tío muy grande, Rafael.

(A CASTA, que llora.)

No llores, chata. Yo no sé lo que te aguarda en la vida; pero aunque te quedés de corista, esa que está ahí dentro, esa es pa tí... No llores. Es... pa tí.

(Mutis, hipando, con CASTA, por el almacén.)

RAFAEL. (Con amargura.) ¡Para mí!...

ANITA. ¡Para ustedé, sí, señor, o no hay justicia en el cielo, tío simpático! ¡Ea, no puedo más! (Se levanta y se acerca a RAFAEL.)

A los hombres con ese corazón, a los millonarios de ilusiones como ustedé, se les hace esto... y luego esto.

(Le da dos sonoros besos.)

CHICAS. ¡¡Bien!! (Aplauden.)

MUSICA

RAFAEL. Son tus besos,
niña bella,
el más rico
galardón
del que nace,
por su estrella,
millonario
de ilusión.

ANITA. Sin embargo,
no me explico,
millonario
de ideal,
cómo puede
ser tan rico
quien no tiene
ni un real.

CHICAS. Cómo puede
ser tan rico
quien no tiene
ni un real.

RAFAEL. Pues es cosa fácil.

ANI-CHIC. Dígamelo usted...

RAFAEL. A vuestra belleza,
con toda presteza,
mi enorme riqueza
le demostraré.

Caballero de inmensa fortuna,
de gran poderío,
por fuerza ha de ser
quien recoge la plata de luna
al pasar por el río,
al anochecer.

El que sabe arrancar de los cielos
las piedras preciosas
de un fino ideal,
el que viste sus limpios anhelos
con sedas gloriosas
de nieve y cristal.

Yo no tengo monedas de oro,
mas poseo la gran virtud
de encontrar en cada minuto
un tesoro
de juventud.

Millonario del arca rellena,
por tierras y mares
es noble y señor
el que acude donde hay una pena,
consuela pesares
y alegra un dolor.

Nada importa que no haya dinero...
Por míseros cobres
un reino le dan
al rumboso y gentil caballero
que tiende a los pobres
su mano y su pan.

ANI.-CHIC. El no tiene monedas de oro,
mas posee la gran virtud
RAFAEL. De encontrar en cada minuto
un tesoro
de juventud.

H A B L A D O

ANITA. Todo eso está muy bien; pero a la hora de poner el cocido las ilusiones no dan sustancia. Ustedé no tendrá nunca un céntimo, porque se lo da al primero que llega.

RAFAEL. Así me ahorro el trabajo de pensar: "¿En qué me lo gastaré?"... Porque ustedes no tienen idea de lo que me estorba a mí el dinero, de lo antipático que me es...

ANITA. ¡Ay, hijo! Un duro, siempre es un duro.

RAFAEL. Eso es lo que me da rabia. Que un duro en las manos de un idiota vale lo mismo que en las de un hombre genial. Y no señor. Al hombre genial hay que darle por un duro todo lo que pida. Y el duro del imbécil hay que retirarlo de la circulación. Y al imbécil, también.

(Sale CASTA por donde se fué.)

CASTA. Y a los que viven en la luna como tú, hay que decirles que se apeen del satélite y se enteren de lo que pasa por la orilla del Manzanares. Tenemos que hablar, Rafael. Vosotras, salirse al descansillo.

ANITA. Ya podía usted convidarnos, maestra.

RAFAEL. Eso es cuenta mía. Me quedan siete inmundas pesetas. Allá van.

(Las saca del bolsillo del pantalón y se las da.)

ANITA. ¡Tupinamba para todas! ¡Convida el millonario de la ilusión!

- TODAS. (Con una reverencia.) ; Graaaacias!...
(Mutis por la derecha ANITA y CHICAS, riendo.)
- CASTA. ; Subir en seguida, que hay que preparar las aragonesas de Eslava, que ha llamo Arniches por teléfono!
- RAFAEL. Y bien, señora mía...
- CASTA. Qué te veo muy tranquilo, Rafael. ; Tú quieres a la Elvira de verdá?
- RAFAEL. ; Por qué me lo pregunta?
- CASTA. Porque te vas a quedar sin ella. Que de nada sirve que se haya educao como una princesa en los mejores colegios, y que cuando ya no tenía ná que aprender...
- RAFAEL. Su madre decidió que se viniera a vivir con ustedes para que tuviera calor de familia.
- CASTA. Que Maravilla nos lo ha pagao muy bien. Eso es verdá. Incluso nos ha costeaó la instalación de este negocio, con el que vamos viviendo. Pero la niña... ha salido...
- RAFAEL. Demasiado verbenera.
- CASTA. Eso es. Le gustan los hombres... peligrosos.
- RAFAEL. Como Faustino, que tiene dinero y desparpajo y que inventa un negocio teatral para cortejar a Elvira en su propia casa y que me contrata a mí para que yo lo vea.
- CASTA. Oye, pues no eres tan tonto como yo creía. ; Y qué piensas hacer?
- RAFAEL. Nada, puesto que a nada tengo derecho. Ella es libre...
- CASTA. Pero él es un granuja.
- RAFAEL. Con el tiempo y con el amor de Elvira, quizá se enmiende.
(Sale ELVIRA por la izquierda, a tiempo de escuchar la última frase.)

ELVIRA. El que debiera enmendarse, mejor dicho, "espabilarse", es usted.

CASTA. Soy de la misma opinión.

(Aparte a RAFAEL.)

Ahora o nunca. (Inicia el mutis.) Ahí os quedáis. Parece que habéis nacido la una para el otro. Vamos, no para el otro, sino para éste.

(Mutis por la vivienda.)

RAFAEL. ¿Quiere decirme, señorita, de qué me tengo yo que corregir? No me perdonaría el haberla molestado.

ELVIRA. ¡Qué gentil delicadeza! ¡Cuánto respeto al sexo débil! Es delicioso que le dejen solo conmigo y que se ponga a temblar como la hoja en el árbol. (Ríe.) ¿Y usted quiere ser artista y encararse con el público?

RAFAEL. El público no se reirá de mí como usted se ríe.

ELVIRA. Porque me hace usted mucha gracia con ese aire de mosquetero alicortado. (Aparece FAUSTINO en la puerta del almacén.) ¿Sabe usted lo que me ha dicho Agapito? Que me quiere usted con locura. ¿Es verdad eso?

RAFAEL. ¿Usted tiene interés en que lo sea?

ELVIRA. Según. Depende de como usted me lo pinte.

RAFAEL. Una verdad pintada por un mosquetero alicortado ya no parecería una verdad.

ELVIRA. Nada, que no suelta usted prenda.

FAUSTINO. Porque no sabe, el pobre.

ELVIRA. ¡Faustino!...

(Va hacia él.)

FAUSTINO. Si ya sé que le estás tomando el pelo.

- RAFAEL. Manos blancas no ofenden.
- FAUSTINO. Pero te voy a dar un consejo. Mira, Rafael. A las mujeres no basta quererlas. Hay que saber decírselo, y decírselo muy dulcemente para que se lo crean...
- RAFAEL. ¿Y a mí qué me importa que se lo crea o no?
- ELVIRA. Muy galante.
- FAUSTINO. En serio, Rafael. Entre amigos no vale disimular. ¿A ti te gusta Elvira?
- RAFAEL. A mí me gusta todo; pero... no me la cedas. Quédate a su lado, que le vas a hacer falta.
- ELVIRA. Cuando usted lo dice...
(Aparece AGAPITO.)
- RAFAEL. Le va a hacer falta para consolarla de un desengaño muy grande que se va usted a llevar. Verá usted qué amargo es y qué bien le sienta. Buenas tardes. ¡A rivederci, don Juan!
(Saludá gentilmente con el sombrero y se va por la derecha.)
- FAUSTINO. Está viruta perdido. Y es que con la fantasía del arte, al pobre hace tiempo que se le ha olvidao comer.
(Riendo hace mutis por la derecha.)
- ELVIRA. ¿Un desengaño?
- AGAPITO. Pero muy gordo, muy gordo, muy gordo...
- ELVIRA. ¿Y quién me lo va a dar?
- AGAPITO. Rafael, ese infeliz.
- ELVIRA. ¡Bah!... Yo me río de los peces de colores.
- AGAPITO. Pero es que ese pez te va a salir rana.
- ELVIRA. Es lo mismo. Yo le pongo el anzuelo y pica.
(Mutis por la primera puerta de la izquierda.)

- AGAPITO. Sino que esta vez la picadura va a ser mortal.
- ANITA. (Por la derecha, muy sofocada.)
¡Maestro, maestro!...
- AGAPITO. ¿Qué pasa?
- ANITA. No salga usted ahora, que le están esperando en el portal.
- AGAPITO. ¿A mí, quién?
- ANITA. El empresario del teatro de Cabeza de Buey, que viene a romperle la suya.
- AGAPITO. No me digas más: los ocho trajes de indias para la función benéfica.
- ANITA. Eso. Que usted lo cobró catorce duros de alquiler.
- AGAPITO. La tarifa.
- ANITA. Sí; pero la multa ha sido de cinco mil pesetas.
- AGAPITO. ¿La multa? Pero si esos trajes no son escandalosos.
- ANITA. Pero estaban pasaos por las costuras. Y al agacharse las indias delante del ídolo, se les rompió el traje a todas por el mismo lao.
- AGAPITO. ¡La culpa la tiene mi mujer, que es enemiga del alcanfor! ¿Y dices que me está esperando?
- ANITA. Sí; porque no le quiere pegar dentro de su casa.
- AGAPITO. Ni dentro, ni fuera.
- ANITA. ¿Se va usted a encerrar?
- AGAPITO. Me voy a los toros.
- ANITA. ¡No salga usted, maestro, que le mata!
- AGAPITO. ¡Quiá! Soy inexpugnable. Ahora verás.
(Por la derecha llegan, corriendo, las CHICAS.)
- CHICA I.^a ¡Que viene, que viene!
- AGAPITO. ¡Ay, madre! (Intenta huir.)

- CHICA 2.^a ¡Ya sube, ya está aquí! ¡No se vaya, maestro!... (Le sujeta.)
- AGAPITO. ¿Que no me vaya?... ¿Pero quién es?
- ANITA. (Mirando por la derecha.)
¡Virgen de la Paloma!... ¡Ay, maestro!...
- AGAPITO. ¡Acaba ya, que me muero!... ¿Quién...?
(Foco blanco y potente a la derecha, por donde entra MANUELA, bellísima y alegre, y con mantón de Manila.)
- MANUELA. ¿Quién va a ser?... ¡La Manuela!
- AGAPITO. ¡Maravilla!
- CASTA. (Saliendo por donde se fué.) ¡Maravilla!
- ANITA. } ¡Maravilla!
- CHICAS. }
- MANUELA. ¿Dónde está lo que yo más quiero?
- ELVIRA. (Por la vivienda.) ¡Madre de mi alma!
- MANUELA. ¡Hija de mi corazón!...
(Se abrazan las dos y se besan.)

M U S I C A

- MANUELA. ¡Mi reina! ¡Mi gloria!
¡Mi cielo! ¡Mi vida!...
- ELVIRA. ¡Ay, madre, qué hermosa eres!
- MANUELA. ¡Cariño del alma mía!
- AGAPITO. ¡Maravilla!
- MANUELA. ¡Mis amigos!
- AGAPITO. ¡Un abrazo!
- MANUELA. ¡Veintidós!
(Abraza a AGAPITO y CASTA.)
Para todos traigo lleno
de cariño el corazón.
(Abraza y besa de nuevo a ELVIRA.)
- ELVIRA. ¡Qué cuerpo! ¡Qué cara!
¡Qué boca! ¡Qué risa!
Comprendo que te pusieran
el nombre de Maravilla.

TODOS. ¡Qué cuerpo! ¡Qué cara!
 ¡Qué boca! ¡Qué risa!
 Comprendo que le pusieran
 el nombre de Maravilla.

MANUELA. ¡Ay, Madrid!...
 ¡Por fin te veo!
 Se deslumbra mi alma
 con la luz de tu cielo.
 A través de la tierra,
 por los mares inmensos,
 en las noches triunfales
 te enviaba mil besos.
 ¡Madrid!
 Yo te lo juro,
 ni un momento te olvidé...
 Madrid
 de mis amores,
 hoy tu amante vuelvo a ser...
 Madrid,
 yo soy tu esclava,
 noche y día pienso en ti...
 Maravilla
 va luciendo por el mundo
 este orgullo tan profundo
 de ser hija de Madrid.

ELVIRA. ¡Un ramo de flores
 parece tu cara!
 Al paso de Maravilla
 Madrid se pondrá de gala.

MANUELA. ¡Mi reina, mi gloria,
 mi cielo, mi alma!
 ¿El qué le dice a su madre
 mi niña de mis entrañas?

ELVIRA.

Yo soñé
que te veía
coronada de estrellas
y de espuma vestida...
A través de la tierra,
sobre mares de plata,
se tendía el milagro
de tu voz que cantaba.

¡Madrid!

Yo te lo juro,
ni un momento te olvidé...

Madrid

de mis amores,
hoy tu amante vuelvo a ser.

MANUELA.

Madrid,

yo soy tu esclava,
noche y día pienso en ti...

Maravilla

va luciendo por el mundo
este orgullo tan profundo
de ser hija de Madrid.

TODOS.

¡Madrid!

Yo te lo juro,
ni un momento te olvidé.

Madrid

de mis amores,
hoy tu amante vuelvo a ser.

MANUELA.

Madrid,

yo soy tu esclava,
noche y día pienso en ti...

Maravilla

va luciendo por el mundo
este orgullo tan profundo
de ser hija de Madrid.

¡Ay, Madrid,

yo he venido a tu lado a reír,

primaveras en flor,
 porque pueda sentir
 tu recuerdo feliz!

H A B L A D O

- MANUELA. ¡Agapito! (Le abraza.) Digo, señor Fernández, que ya no me acordaba.
- AGAPITO. No; ya puedes decirme Aga-pito. Las palmas se han quedao pa el Domingo de Ramos.
- MANUELA. Pero a mí sí me aplaudirá usted. Vengo a cantar en una función benéfica. En cuanto recibí el telegrama, dije: "¡Allá voy, con alma y vida!" ¡Ay, quién tuviera alas para venir a vuestro lado cada noche como venían mis pensamientos!
- AGAPITO. Bueno, ya me lo contarás. Me están esperando abajo pa sacudirme.
- MANUELA. ¡A usted no hay quien le pegue!
- AGAPITO. Desde luego que no. Ya ves, voy a vestirme pa ir a los toros.
- MANUELA. ¡Ole los castizos! Yo también voy. Por eso traigo mi mantón de Manila, que estaba deseando lucirlo por la calle de Alcalá.
- AGAPITO. Pues allí nos veremos... ¡y viva Maravilla!
- MANUELA. ¡Viva Madrid!
- (Mutis AGAPITO por el almacén.)
- ¡Preciosa mía! (Besa a ELVIRA.) Si estás hecha una mujer... ¡Estaba loca por verte!
- ELVIRA. ¡Y yo!... ¿Por qué has venido sin avisar?
- MANUELA. Porque ha sido un viaje repentino. Llegué esta mañana... Y si vieras qué cosas tan grandes me han pasado en unas ho-

- horas... Tengo que contarte un secreto...
A ver qué te parece.
- CASTA. ¡Niñas! Aquí sobran siete. Se acabó la
tarea por hoy.
- MANUELA. ¡Naturalmente! Hoy es día de jolgorio.
(Da unos billetes a las muchachas.)
- Allá van unas pesetillas... y divertirse,
muchachas.
- TODAS. ¡Gráaaacias!
- ANITA. Y que conste que es usted más guapa que
en las fotografías.
- MANUELA. ¿De verdad?
- ANITA. ¡Un rato largo! ¡Vaya madre!
- (Riendo, hacen mutis por la derecha ANITA y las
CHICAS.)
- ELVIRA. Eso digo yo. ¡Vaya madre!
- MANUELA. A ver si te sigo gustando cuando escuches
lo que te voy a decir.
- CASTA. Os dejo solas pa que habléis con libertad.
- MANUELA. No, Casta... Quiero que usted me aconseje.
Usted sabe lo tirano que es este oficio, cuando se llega a cierta altura. La vida se va pasando y no hay tiempo ni de querer a nadie.
- ELVIRA. ¡Pero a mí, sí!
- MANUELA. A ti, por encima de todo. Yo me refiero a
otra clase de cariño, ¿comprendes?
- ELVIRA. Claro que sí. Y me parece muy natural.
- CASTA. ¡Y tan natural! Como que una mujer de
ese tronío y esa estampa, es un crimen que esté sola como un hongo.
- MANUELA. ¿A ti qué te parece? La verdad, Elvira.
- ELVIRA. ¡Mamita de mi alma! Tú tienes derecho

- a enamorarte de quien quieras... siempre que sea digno de ti.
- MANUELA. El corazón no me engaña. (A CASTA.) Le advierto a usted que ha sido un flechazo. Le conocí esta mañana. Estaba en la estación con la empresa y unos periodistas. Y yo no sé cómo se han enredado las cosas, pero se han enredado... Bueno, es que las artistas estamos medio locas.
- CASTA. (Exageradísima.) ¡Ay, sí, cómo estamos!
- MANUELA. Le he dicho que venga aquí para presentártelo, ¿sabes? Yo soy una madre formal. Nada de tapujos. Y luego, si tú me lo permites, me voy a ir con él... ¡a los toros!
- RAFAEL. (Por la derecha.) El coche nos está esperando. Buenas tardes.
- ELVIRA. ¿Qué?...
- CASTA. ¡Azúcar de pilón!
- MANUELA. Así me gusta. Puntual. Pase usted, Rafael.

M U S I C A

- MANUELA. (Presentando.)
 La señora de Fernández,
 que fué tiple del Real,
 y llegó a cantar la "Tosca"
 de manera sin igual.
 El gran Rafael Medina,
 que muy pronto habrá de ser
 el cantante más famoso...
 Yo he de darle a conocer.
 Y aquí tiene usté a mi hija,
 niña de mi corazón...

(CASTA, sorprendida por los acontecimientos, trata de preguntar a RAFAEL la razón de lo que pasa. El muchacho le contesta con gestos ab-

surdos y la pobra mujer se queda peor que antes.)

RAFAEL. La conozco. Tanto gusto.

Sobra la presentación.

MANUELA. Es verdad, si estoy loquita,
lo que se dice chiflada...

ELVIRA. Yo creo que sí, mamita.

MANUELA. ¿Por qué lo dices?

ELVIRA. Por nada.

MANUELA. ¿Porque es muy joven?

¡Ay, niña mía!

Los hombres viejos

no pueden darnos

más que consejos.

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

¿Verdad que es guapa mi niña?

CANTADO

RAFAEL. ¡Cómo no ha de serlo,
si es lo natural!

El capullo es lindo.

si es lindo el rosal.

Nunca vi un lucero

tan deslumbrador,

pues la luz la toma

de tu resplandor.

MANUELA. No sé, caballero,

cómo agradecer

frases que me llenan

de orgullo y placer;

pero a su hermosura

quiero yo añadir

la dicha infinita

de hacerla feliz.

ELVIRA. De mi dicha no te ocupes,
madre del alma,
porque a mí me sobra tiempo
para esperar.
De bondad, fama y belleza
tienes la palma
y tu dicha solamente
debes buscar.

RAFAEL. (Irónico.)
¡Ay, qué buena hija!
¡Ay, qué corazón!
¡Ay, cuánta dulzura!
¡Ay, cuánta emoción!
(Las explicaciones que RAFAEL da ahora a CASTA parecen convencerla un poco más.)

MANUELA. ¡Ay, qué gran ventura!
¡Qué inmensa alegría
me da esta criatura,
que es el alma mía!
(Besa a ELVIRA)

CASTA. (A RAFAEL.)
¡Qué mala idea!

RAFAEL. (A CASTA.)
¡Qué hemos de hacer!

CASTA. No se le ocurre
ni a Lucifer.

MANUELA. El amor de mis amores
tú siempre fuiste,
en mi corazón reinabas
tan sólo tú.
Pero llega un hombre bueno
y en mi alma triste
florecieron nuevas rosas
de juventud.

RAFAEL. Hombre bueno me ha llamado
tan linda boca
y he sentido el alma ungida
de devoción.

Yo, Manuela, te la entrego
con ansia loca;
tú, reparte con tu niña
mi adoración.

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

MANUELA. ¡Vámonos, Rafael! (A CASTA y ELVIRA)
Luego vendré a buscaros para cenar jun-
tos. Tenemos mucho que hablar. Adiós,
preciosa mía.

ELVIRA. Adiós, mamá.
(Se besan.)

MANUELA. (Aparte a ELVIRA.)
Te advierto que es simpatiquísimo.

ELVIRA. Más vale así.

MANUELA. ¡Adiós, Casta!
(Se coje del brazo de RAFAEL.)

RAFAEL. ¡Viva mi tierra!
Y recuerdos... al Tenorio.

(Mutis por la derecha MANUELA y RAFAEL. EL-
VIRA da unos pasos hacia ellos, y luego se deja
caer en una silla y llora.)

CASTA. ¡Esto ha sido el terremoto de la Martinica!
(En este momento entra por la derecha EL
EMPRESARIO de Cabeza de Buey, tipo de paleta
rico. Lleva un corpulento garrote en la mano.)

EMPRES. Buenas tardes.

CASTA. Buenas.

EMPRES. ¿Está... el dueño?

CASTA. ¿Para qué le quiere usted?

EMPRES. Pa probar esto que traigo en la mano.
(Por el almacén sale AGAPITO, vestido de alga-

cilillo de la Plaza de Toros. Lleva un hermoso bigote y patillas. Desfila, saludando a lo torero, mientras canta:)

AGAPITO.

(Cantando.)

Un ramo de flores

parece mi cara...

Al ver al alguacilillo

Madrid se pondrá de gala...

(Mutis por la derecha.)

EMPRES.

¿Pero también se visten aquí los alguacilillos? Pues vaya negocio que tiene este tío ladrón...

(Acercándose al almacén.)

¿Puedo pasar?

CASTA.

Pase, pase.

EMPRES.

Gracias. Es que estoy impaciente.

(Mutis.)

CASTA.

(Mirando a ELVIRA.)

Pues paciencia te dé Dios...

(Mutis detrás del EMPRESARIO.)

CANTADO

MANUELA
y CORO.

(Dentro.)

¡Ay, Madrid!

¡Por fin te veo!

Se deslumbra mi alma

con luz de tu cielo...

ELVIRA.

(Se levanta.)

A través de la tierra,

sobre mares de plata,

ha venido mi madre

y me deja sin alma...

Y sobre su sollozo cae rápido el

TELON

ACTO TERCERO

Saloncillo amplio de un teatro que puede ser el de la Zarzuela, de Madrid. Decoración lujosa. Muros y cortinajes en rojo. Un gran espejo dorado al centro, y a cada lado del mismo, una cornucopia de dos lámparas encendidas. Otra cornucopia en cada muro lateral. Una araña de cristal, encendida, pende del techo. Los dos ángulos de la estancia forman chafán, y en cada uno de ellos, una puerta o paso a galerías, que se pierden oblicuamente en direcciones opuestas. Al lateral derecha, puerta del camerino de MANUELA. Debajo del espejo, una mesa o una chimenea. Sobre ella, un reloj antiguo. En escena, distribuída a gusto del director, una sillería, una mesita estilo Imperio y un diván. Sobre la maleta, dos candelabros de varias luces, encendidos. Profusión de cestas y ramos de flores. En los muros, donde convenga, y si ello es posible, dos retratos de Chapí y Chueca o Caballero. Es de noche, durante una representación de la ópera "Las Aguilas".

(Al levantarse el telón están en escena CASTA, a la derecha. Tiene un poco alzada la cortina y mira hacia el interior del camerino. ELVIRA, sentada en una butaca, con aire de grave preocupación.)

CASTA. ¡Pero qué guapísima estás, hija de mi alma!

MANUELA. (Dentro.) Los ojos con que usté me mira.

CASTA. Y que no se cansan de mirarte. Porque eres como los cuadros de mérito, que ganan con los años...

MANUELA. (Dentro.)

¡Casta, que me va usté a ruborizar!

(Dentro suena un timbre.)

CASTA. (A ELVIRA.)

Pero ven acá y mira este prodigio de madre que te ha dao Dios.

MANUELA. (Dentro.)

Eche usted la cortina, que me van a ver lo que yo no quiero que me vean.
 CASTA. Peor pa ellos, porque eres una estatua del Museo del Louvre.

(Ríe MANUELA, dentro.)

Le dices a cualquiera que es tu madre y no se lo cree. (A ELVIRA.)

ELVIRA. Verdaderamente, es para no creérselo.

CASTA. Cuidao que está joven y hermosa.

ELVIRA. La más hermosa del mundo.

CASTA. Eso para ti es una bonita esperanza. A ver si dentro de unos años estás como ella.

ELVIRA. Dentro de unos años, Dios sabe cómo estaré y dónde estaré.

CASTA. ¿Qué dices?

MANUELA. (Cantando, dentro.)

Pero hay un bravo chispero que es el que yo quiero con todo mi amor...

TRASPUNTE. (Por la galería de la izquierda.)

¿Señorita Maravilla?

MANUELA. (Dentro.) ¡No, un momento!

TRASPUNTE. Bien. (Se retira.)

MANUELA. (Dentro.)

CASTA, mi broche... ¿Dónde está mi broche?

CASTA. Ahí encima está, mujer.

(Mutis por la derecha.)

MANUELA. (Canta, dentro.)

Y es tan rumboso y templao,
 que me ha regalao
 la Plaza Mayor.

(ELVIRA se lleva el pañuelo a los ojos y disimula en seguida, pues aparece por la galería de la derecha AGAPITO, que trae dos monumentales cestas de flores y viené seguido de ANTONIO, ei

- torerito del primer acto, que hoy es todo un caballero y viste elegantemente de frac. Algunas canas prematuras, platean sus sienes.)
- AGAPITO. (A ANTONIO.)
Pasa, pasa por aquí. Manuela.
- MANUELA. (Dentro.) Me llamo.
- AGAPITO. Una visita de tronío.
- MANUELA. (Dentro.) Un momentito.
- ANTONIO. Por mí no se preocupe. No quiero más que saludarla.
- MANUELA. (Dentro.) Voy.
- AGAPITO. (A ELVIRA.)
Mira cómo vengo, chica. Llevando la cesta por partida doble. Y las que hay en el vestíbulo. Y en las escaleras. Pa ná. Porque se van a morir todas de envidia en cuanto se las acerquen a tu madre.
- ANTONIO. Eso es verdad.
(Timbres dentro, y viene por el mismo sitio de antes el TRASPUNTE.)
- TRASPUNTE. Señorita Maravilla...
- MANUELA. (Dentro.) Cuando quiera.
- TRASPUNTE. (Haciendo mutis.)
Preparado el coro de hombres, los majos, los granaderos... (Mutis)
- CASTA. (Abriendo la cortina.) Allá va eso.
- MANUELA. (Saliendo por la derecha, espléndidamente vestida de maja.) ¡Listos! ¡Y esa visita?
- ANTONIO. Primera vez que raya el sol a las doce de la noche.
- MANUELA. Gracias, señor.
- AGAPITO. ¿Pero no le conoces? Antonio, el "Niño de Calatravas", el que fué dueño y señor de los redondeles.
- MANUELA. (Dándole la mano.)
Es verdad. ¿Cómo está usted? Perdóname, pero el bigotillo me desorientaba.

AGAPITO. Nada. Que se ha puesto la coleta aquí.
(Por el labio superior.)

MANUELA. ¿Y se retiró usted del peligro, eh? Bien hecho.

ANTONIO. Mi mayor peligro fué el de sus ojos, que estuvieron a punto de mandarme a la enfermería.

MANUELA. Locuras de la juventud. ¿Quién se acuerda de eso? ¿No conoce usted a mi hija? Mira, niña, Antonio, el ex "Niño de Calatravas". Un buen amigo.

ELVIRA. (Le da la mano.) Tanto gusto.

ANTONIO. Qué dichosa es la rama
que al tronco sale,
tan hermosa es la hija
como la madre.
Falta la nieta;
si a conocerla llego,
seré poeta.

AGAPITO. ¡Olé ahí los toreros
gramaticales,
que mataban los toros
con madrigales!

MANUELA. Ser lidiador,
no estorba a ser amigo
de Campoamor.

(Ríen.)

¿Está usted en el público?

ANTONIO. Imagínese.

AGAPITO. Y aplaudiendo, que se le salen los puños.
En cambio, yo, como hace tiempo que dejé la "claqué", pues se me ha olvidao la forma de aplaudir, y cada vez que abro los brazos les doy unas tortas a los vecinos de localidad, que me han echao de la sala.

(Ríen de nuevo.)

ANTONIO. El que está muy bien es el barítono debutante.

MANUELA. ¿Verdad que sí? La revelación de la época. No sabe usted el orgullo que tengo con haber sido yo quien lo presente al público, diciéndole: "Ahí tienes una gloria del arte, de Madrid y de España."

(A ELVIRA.)

¿No le has oído tú? Pues no te pierdas la romanza, porque está magnífico.

ANTONIO. Desde luego, el muchacho es un portento. El público está loco de entusiasmo.

CASTA. Con él y con ella. Porque es que hay que verla a ella.

AGAPITO. ¡A los dos! Ese dúo de los amores ha sido el desideratum. ¡Qué fuerza, qué pasión! ¡Si es que parecía de verdad! (A MANUELA.) Mira, le has dicho: "Te quiero" de una forma, que si me lo dice ésta (Por CASTA.) a mí, la perdono el defecto de ser mi esposa. ¡Que ya es perdonar!

(Rien. Suenan timbres.)

MANUELA. Ese timbre es para mí. Adiós, Antonio, y muy agradecida.

ANTONIO. Enhorabuena. Está usted mejor que nunca por todos estilos...

MANUELA. El que está bien es mi artista. Apláudale usted mucho, y sus amigos... Tengo por él un interés enorme.

ANTONIO. ¡Dichoso él! Hasta luego...

MANUELA. ¡Hasta luego!

(Mutis rápido y simultáneo de ANTONIO por la galería de la derecha y de MANUELA, CASTA y AGAPITO por la de la izquierda.)

ELVIRA. ¡Dichoso él y dichosa ella, mientras á mí

me devoran los sufrimientos! ;Que sean todos muy felices; pero no delante de mí!

M U S I C A

Madre mía, perdón te suplico,
de tu lado me voy a alejar,
mi presencia sería en tu vida
negra sombra de negro pesar.
Me reía del alma de un hombre,
pero amarle yo nunca creí
y hoy le quiero con todas mis ansias,
mientras él se enamora de ti.

Madre mía,
madre mía; al saber que le quiero
de noche y de día,
madre mía, de pena me muero.
Tu niña te deja
pidiéndole a Dios
que os haga dichosos
por siempre a los dos.

Madre mía, tu niña te adora
y se aleja en tu noche triunfal;
pero lleva en el alma el encanto
de tu voz, que es de seda y cristal.
Para el hombre que no ha de ser mío
ha de ser tu amorosa canción...
La canción que tal vez tenga un eco
en el llanto de mi corazón.

Madre mía,
madre mía; al saber que le quiero
de noche y de día,
madre mía, de pena me muero.
Tu niña te deja
pidiéndole a Dios

que os haga dichosos
por siempre a los dos.

H A B L A D O

(ELVIRA seca sus lágrimas. Toma del bolso un pequeño block y una estilográfica y escribe. Por la galería de la derecha entra ANITA con una cesta de flores. Se acerca cautelosamente a ver lo que hace ELVIRA. Esta relee el papel que ha escrito y se levanta rápida.)

ANITA. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿Dónde vas? ¿Qué has escrito ahí?

ELVIRA. Si te interesa mucho, puedes leerlo. Después, se lo entregas a mi madre. Adiós, Anita.

(La besa y se va rápidamente por la galería de la derecha.)

ANITA. ¡Qué cara más novelesca se le ha puesto!
¿Qué misterio hay aquí encerrao? ¿Por qué le escribe a su madre?... ¿Qué le dirá?
(Trata de leer. Se rasca la cabeza.)

Letra de pata de mosca y los renglones cruzados. ¡Qué rica! Por eso me da permiso pa que lo lea. Ni aunque lo mire con los rayos equis.

(Por la galería de la izquierda llega DON SAMUEL con el sombrero en la mano.)

D. SAMUEL. ¿Me hace el favor?... El paso al escenario es por aquí, ¿verdad?

ANITA. ¡Hola, don Samuel!

D. SAMUEL. Hola, ¿quién es? Usted perdone. Veo cada día menos...

ANITA. Soy Anita Y yo que quería que me leyera usted este papelito...

D. SAMUEL. ¡Ojalá pudiera! Pero tengo unas telarañas, que ni siquiera veo el escenario des-

de el gallinero. Aparté cuatro pesetas de las limosnas para oír cantar a este muchacho. Tiene la voz de oro, como el corazón. Pero francamente, desde allá arriba... Yo quisiera estar más cerca.

ANITA. (Llevándole del brazo a la galería de la izquierda.) Pues pase usted por aquí al escenario. No le dirán nada. Yo no le acompaño por no dejar esto solo. Como están ahí las joyas de Maravilla...

D. SAMUEL. Bien, bien... Muchas gracias.

(Mutis, ANITA cruza la escena y alza la cortina del camerino.)

ANITA. ¡Hay que ver qué brillantes, madre mía! Y qué imprudencia dejar ese solitario tan solitario... (Dejando caer la cortina.) ¡Ay, qué miedo! Esto es ponerme en un compromiso. Porque yo soy una débil mujer y no tengo nadie que me defienda. ¿Y si de pronto aparece por aquí un ladrón de guante blanco, de los que vienen a estos sitios, y me da el cloroformo y agarra los brillantes y yo me despierto y empiezo a gritar "¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Ladrones! ¡A mí!"?

MUSICA

(Entran seis u ocho CORACEROS franceses de los coristas que intervienen en la representación de "Las Aguilas".)

ANITA. ¡Auxilio! ¡Socorro!
¡Ladrones! ¡Favor!
Me muero de espanto.
¡Qué miedo! ¡Qué horror!

CORACEROS. No temas, chiquilla,

manola gentil;
 no habrá quien te robe
 estando yo aquí.
 ANITA. De susto ya casi
 me tengo de pie;
 por Dios, coracero,
 defiéndame usted.
 (Se abraza a uno con fuerza.)

CORACEROS. ¿Contra quién?
 (Evolucionan como buscando a un supuesto ladrón.)

ANITA. Andan
 partidas de bandoleros
 por Madrid.
 Buscan,
 feroces como leones,
 la ocasión.
 vienen,
 astutos y muy callados,
 tras de mí
 para
 robarme mi corazón.

CORACEROS. ¡Muera el ladrón!
 No hay que temblar;
 con mi espadón
 te he de guardar.
 Niña,
 no temas a los ladrones
 de Madrid,
 puesto
 que tienes la compañía
 de un francés.
 Gloria
 tendremos si combatiendo
 para ti,

ANITA. todos
 cayéramos a tus pies.
 ¡ Muera el ladrón!
 No he de temblar;
 con tu espadón
 me has de guardar.
 ¡ Viva
 la "mere" que te ha traído
 de París!
 Sólo
 me falta, franchute mío,
 "ton archant"
 para
 que el miedo que yo he pasado
 "suá finí".

CORACEROS. Debes
 quitármelo "avé" champán.
 ANITA. "Il é tré bón."

(Fingiendo miedo súbito.)
 ¡ Auxilio! ¡ Socorro!
 ¡ Ladrones! ¡ Favor!
 Me muero de espanto.
 ¡ Qué miedo! ¡ Qué horror!

(Inician un desfile, al modo militar, yendo ella delante.)

CORACEROS. Gloria
 tendremos, si combatiendo
 para ti...

(Van haciendo mutis y ANITA tras ellos, por la galería de la derecha.)

HABLADO

(Por la izquierda llegan ZABALA y RAFAEL. El primero, vestido de jefe de coraceros franceses, y el segundo de guerrillero español. Trae la camisa destrozada y el pelo en desorden.)

ZABALA. Perdone usted, Rafael. Es necesario que hablemos un momento a solas.

RAFAEL. Yo preferiría que fuera delante de la gente para que sepan todos cuánta es la gratitud que le debo a usted.

ZABALA. No es eso.

RAFAEL. Sí, señor, y se lo voy a decir al público, si esto acaba para mí tan bonito como ha empezado. Yo no tengo ningún mérito. Mi voz es un regalo de la Naturaleza. Ha sido usted quien, en cuatro días, realizó el milagro de enseñarme, a cantar, a permanecer tranquilo en escena, a interpretar el personaje como es debido. Yo era un pobre aficionado lleno de ilusiones; pero si desde esta noche inolvidable, el público me considera como un artista, se lo debo a usted nada más. La caricia inmensa de las ovaciones—; qué bien suenan los aplausos, maestro!—es usted quien se la merece, sólo usted... ;Déjeme que le abrace!

ZABALA. Espere un momento. Lo que yo he hecho no tiene importancia. Enseñar al que no sabe no es más que una obra de misericordia.

RAFAEL. Que debe agradecer el que la recibe.

ZABALA. Cuando es espontánea. Pero yo me he preocupado por usted a ruegos de Maravilla, ;me comprende?, a ruegos de esa mujer, a la que yo no puedo negarle na-

- da, que se ha erigido en su protectora y que tiene por usted un interés tan grande que, francamente, me da usted envidia.
- RAFAEL. También a ella le estoy agradecido en el alma por muchísimas razones. Es tan buena...
- ZABALA. Tan buena...; y tan hermosa, ¿verdad?...
- RAFAEL. ¿Qué quiere usted decir?
- ZABALA. Yo, nada. Usted es el que va a decirme ahora mismo...
- RAFAEL. ¡Cuidado, maestro!... Por las buenas, lo que usted me mande. Exigencias en imperativo no se las tolero ni a usted ni a Gayarre que resucitara.
- ZABALA. Eso lo veremos.
- RAFAEL. Cuando usted quiera.
- ZABALA. ¿Qué?
- (Cuando están a punto de agredirse, aparecen en la galería de la izquierda AGAPITO y CASTA.)
- AGAPITO. (Metiéndose por medio.) Cuidao... Pero ¿qué qué pasa aquí? Detengan sus furias el guerrillero y el mariscal, que la guerra de la Independencia finiquitó largo tiempo ha.
- ZABALA. ¿Y usted quién es?
- AGAPITO. ¿Yo?... Wellington. ¡Hay que ver qué ofuscao está el mariscal, que ni siquiera me conoce!...
- ZABALA. Perdone usted, ya recuerdo. Del Teatro Real.
- CASTA. Eso mismo. Del Real.
- ZABALA. Que estaba usted de camarero en el ambigú.
- AGAPITO. Sí, señor, y usted era el que llevaba las patatas fritas... Pues no dice que yo estaba de camarero... Yo era el jefe de la

“claque”, señor Zabala, y estas manos pía-
dosas y ruidosas le taparon más de una
vez sus desafinaciones de tono y medio.
Camarero yo, ¿qué te parece? Me pagaba
los “bravos” a peseta, que no ha habido
un bajo que me los pague más bajo, y aho-
ya ni me conoce.

TRASPUNTE. (Entrando por la galería de la izquierda.) ¡Se-
ñor Medina, a escena! (Mutis.)

RAFAEL. Voy. (A AGAPITO.) A mí tampoco me cono-
ce el señor Zabala. (A ZABALA.) Cuando
usted guste, continuaremos la conversación
en la forma que usted elija.

(Mutis por la galería de la izquierda.)

CASTA. Pero ¿a qué ha venido este disgusto, se-
ñor Zabala? El muchacho está haciendo
su papel a maravilla.

ZABALA. No me hable usted con segunda intención.
¿Qué falta hace nombrar a Maravilla?

AGAPITO. ¡Ah! Pero ¿van por ahí los tiros? (A CAS-
TA.) Otro que ha picado. Para que digas
que soy un ceporro. Si es que tengo un
talento en esta cabeza que deshago la vai-
nica de las almohadas. ¿De manera que
está usted más negro y más celoso que
un Otelo?

ZABALA. Cosas de hombres, querido amigo. Llevo
quince años al lado de esa mujer.

AGAPITO. Si lo sabemos... A mí no se me ha olvi-
dao que usted fué quien la hizo artista.

CASTA. Y que ha velao siempre por ella como un
padre.

ZABALA. Como un padre, no.

AGAPITO. Bueno, como un primo.

ZABALA. Como un hombre que sabe respetar a una
mujer en todo momento sin presentarle

nunca la factura de lo que pudiera valer su protección. Mirándome en sus ojos, adorándola en silencio, muriéndome de alegría con sus triunfos y aceptando el sacrificio de que para ella no hubiera en el mundo más amor que el de su hija. Y ahora resulta que este muñeco...

AGAPITO. ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, que me troncho! ¡Ay, qué bien me ha salido!

ZABALA. Pero, ¿el qué?

AGAPITO. El plan de batalla, mi general. Soy el Napoleón de los achares. Este muñeco, señor Zabala, está coladito por la hija de Maravilla; pero la niña, que es un poquito merengue, lo traía por la calle de la Amargura, dándole en la cara con otro doncel, que podía ser su perdición. Y como esto era muy grave, le dije a Maravilla que viniera para traer a su niña al buen camino, dándole el susto más gordo de su vida. Quince días lleva sin comer más que fideos, porque se ha creído que es verdad que el muchacho se entiende con la madre. Dígame usted ahora si la cabeza que idea esto es propia de un camarero de ambigú.

ZABALA. La cabeza se la debía de cortar yo a usted, porque el susto se lo habrá llevado la niña, pero el mío ha sido mortal.

(Suena dentro una gran salva de aplausos.)

CASTA. ¿Qué es eso?

ZABALA. Que ha terminado la representación.

TRASPUNTE. (Entrando por la galería de la izquierda.)

Señor Zabala, pronto; la señorita Maravilla, que salga usted a saludar.

(Mutis del TRASPUNTE.)

- AGAPITO. ¡Maldita sea! Me he quedao sin la romanza de Rafael por culpa de este tío.
- ZABALA. Se ha quedado sin la romanza; pero se queda con mi corazón. Deme usted un abrazo. (Se abrazan.) Y muchas gracias.
(Mutis por la izquierda.)
- AGAPITO. Las que usted tiene.
(Entra ANITA por la galería de la derecha con más flores.)
- ANITA. ¡Se acabó! ¡Ay, maestra, cómo está el público de contento! Con decirle a usted que tres o cuatro señores me han abrazado en el pasillo de los palcos...
- AGAPITO. Pues vete a la entrada general y verás las manifestaciones de alegría que te hacen.
- CASTA. (Por las flores.) Deja eso por ahí.
(Suenan dentro nuevos aplausos. ANITA deja las flores y hace mutis por la izquierda.)
- ANTONIO. (Con varios espectadores, de etiqueta.)
¿Se puede?
- AGAPITO. Adelante. Pasen ustedes.
- ANTONIO. ¡Cómo ha cantado ese muchacho! Es un verdadero fenómeno.
- ESPECT. 1.º El fenómeno es ella. Señores, ¡qué artista y qué mujer!
- ESPECT. 2.º Al lado de Maravilla cantaría un mudo.
- AGAPITO. (Que está mirando hacia la galería de la izquierda.) Aquí los tenemos ya. (A ANTONIO y los demás.) Venga, muchachos.
(Aplaude y todos le imitan. Entra MANUELA con RAFAEL, ZABALA y ANITA.)

- ANTONIO. }
 AGAPITO. }
 ESPECTS. } (Aplaudiendo.) ¡Bravo! ¡Bravo!
 CASTA. }
 ANITA. }
- ANTONIO. ¡Formidable!
- ESPECT. I.^o ¡Magnífica!
- MANUELA. No les doy las gracias porque no soy yo quien debe darlas, sino mi compañero. El triunfo de esta noche ha sido para él. Enhorabuena.
 (Le da la mano.)
- AGAPITO. ¡Ole las madrinas de postín!
 (Todos aplauden de nuevo.)
- ZABALA. Yo también le quiero felicitar.
- RAFAEL. ¿Usted, maestro?
- ZABALA. Y de todo corazón. Venga esa mano. (Se estrechan la mano.) Con permiso, señores.
 (Hace mutis por la izquierda.)
- RAFAEL. Si llego a ser algo, a este hombre se lo debo. (A MARAVILLA.) Y a usted, mucho más... A usted quizá le deba la felicidad de toda mi vida.
- MANUELA. Seguramente, picarón... (A CASTA.) ¿Y mi hija, dónde está?
- ANITA. Escribió este papelito y se fué. Yo creí que estaba en el público.
 (Le entrega el papel que escribió ELVIRA. MANUELA se aparta a un lado y lee rápidamente.)
- MANUELA. ¡Jesús!...
- RAFAEL. (Aparte, a MANUELA.)
 ¿Qué ocurre, Manuela?
- MANUELA. Lea usted.
 (Le da el papel, que RAFAEL lee, dibujándose en su rostro la alegría.)
 ¡Casta, pronto, mi abrigo!

CASTA. ¿Dónde vas?

MANUELA. ¡No me preguntes!

(CASTA entra rápida en el camerino de la derecha.)

Señores, ustedes me van a perdonar. Tengo que salir forzosamente ahora mismo; pero creo que volveré en seguida. Si ustedes me esperan, celebraremos el triunfo de Rafael con una copa de champán.

(Ha salido CASTA con un abrigo o capa y se lo echa por los hombros.)

ANTONIO. A la que invito yo.

MANUELA. Encantada.

RAFAEL. (Aparte, a MANUELA.)

¡Esto sí que es un éxito! ¡Elvira me quiere! Yo me vuelvo loco de alegría...

MANUELA. Para usted será una alegría; para mí es un gran dolor... Dios quiera que en esta broma no hayamos ido demasiado lejos. Vamos, Casta... Hasta ahora, señores.

ANTONIO. Hasta ahora.

ESPECT. I.º ¿Que la esperamos, eh?

(Mutis MANUELA y CASTA por la galería de la derecha.)

RAFAEL. (Nervioso de alegría, abrazando a unos y otros.)

¡Un abrazo, caballero! (Abraza a ANTONIO.)

¡Permítame usted!

(Abraza al ESPECTADOR I.º)

ESPECT. I.º ¡La pechera! ¡La pechera!...

RAFAEL. ¡Qué importa la pechera, hombre!

(Le saca la camisa de un tirón. Los demás ríen.)

¡Padrino de mi alma, venga usted acá!

(Abraza a AGAPITO.)

AGAPITO. ¡Ay!

- RAFAEL. ¿Qué?
- AGAPITO. ¡Me has metido el reló por un vacío!
- RAFAEL. ¡Lea usted, lea usted!... (Le da el papel.)
- D. SAMUEL. (Por la galería de la izquierda.)
Con permiso, señores... ¿Dónde está el joven artista?
- RAFAEL. ¡Hombre, el músico del violín! ¡Deme usted un abrazo!
- (Le abraza.)
- D. SAMUEL. Hay alegría, ¿verdad? Yo también la tengo, hijo... Y mucha emoción. Porque usted fué muy generoso conmigo y porque Dios le ha premiado delante de mí... Que todos los días de su vida sean tan gloriosos como el de hoy.
- RAFAEL. Gracias... ¿Qué ha sido lo que le ha gustado más?
- D. SAMUEL. Todo... Pero la romanza final ha resultado un prodigio.
- ANTONIO. ¡Maravillosa!
- ESPECT. I.^o ¡Enorme!... Debió usted de repetirla.
- RAFAEL. Si me lo pagan ustedes bien, la repito ahora mismo.
- ANTONIO. A mí faroles, no, mocito. Ponga usted precio.
- (Saca su billetero.)
- ESPECT. I.^o Lo mismo digo.
- (Saca el suyo.)
(Después de sentar a DON SAMUEL, RAFAEL le toma el sombrero, poniéndolo ante los otros como quien pide una limosna.)
- RAFAEL. Yo no pongo precio. La voluntad, hermanos, para socorrer a un pobre viejo.
- ANTONIO. Pues allá va.
- (Echa su billetero.)

- ESPECTADR. El mío.
(Lo echa. Los demás entregan billetes.)
- AGAPITO. (Tras rebuscar en sus bolsillos.)
Un "amadeo". Ojos que te vieron ir...
(Arroja un duro.) Ya puedes afinar, porque es la primera vez que pago por escuchar a un artista.
- RAFAEL. Allá va, don Samuel.
(Le da el sombrero.)
- D. SAMUEL. Pero esto es una fortuna...
RAFAEL. Fortuna, la mía.
D. SAMUEL. Que el Señor se lo pague a todos.

M U S I C A

(Los personajes, excepto RAFAEL, se colocarán, unos de pie y otros sentados, escuchando con atención en diversas actitudes.)

- RAFAEL. Adiós, dijiste...
Se va mi vida...
Llorar quisiste
por un amor
que hay que olvidar.
Te vas riendo
y yo me muero.
Mi dolor es saber
que no puedes llorar.

Amor, vida de mi vida,
¡qué triste es decirse adiós!
Te llevas la juventud
de este querer sin redención.
Amor que por el camino
no puedes volver atrás,
te ríes cuando sientes
deseos de llorar.

Y pensar que te amé
con alma y vida,
y hoy te quieres burlar
de mi dolor.

Este amor que soñé
no lo puedo callar.
Fueron falsas palabras,
mentiste mil veces
tu amor, mujer.

Amor, vida de mi vida,
¡qué triste es decirse adiós!
Te llevas la juventud
de este querer sin redención.
Amor que por el camino
no puedes volver atrás,
te ríes cuando sientes
deseos de llorar.
¡Adiós, mi bien, adiós!

HABLADO

- TODOS. (Excepto AGAPITO, aplaudiendo.)
¡Bravo, bravo!
- ANTONIO. ¡Estupendo!
- ESPECT. 1.^o ¡Mejor que antes, que ya es decir!
- ESPECT. 2.^o ¡Muy bien!
- RAFAEL. Gracias, señores (A AGAPITO.) Pero usted
no me aplaude. ¿Es que no le he gustado?
- AGAPITO. ¡Hombre, sí! Pero si tú cobras por cantar,
yo cobro por aplaudir. De modo que
venga el duro y verás la ovación que te
doy.
- (Ríen todos. Entran MANUELA y CASTA por donde se fueron.)

- MANUELA. Agapito... Rafael... ¡Ay, Dios mío de mi alma.
- CASTA. No te inquietes, criatura; siéntate.
- AGAPITO. ¿Pero qué ocurre?
- CASTA. ¡Nada!
- ANTONIO. ¿Está enferma?
- MANUELA. No... Preocupada solamente. Señores, les suplico que me dejen sola. Tengo que hablar con...
- ANTONIO. Por nosotros no se violente. Vámonos, señores. Mi enhorabuena a los dos.
- RAFAEL. Gracias.
- MANUELA. Adiós, Antonio.

(Le tiende la mano, que ANTONIO besa. Mutis de ANTONIO, ESPECTADORES y DON SAMUEL, a quien guía ANITA, por la galería de la derecha. MANUELA se echa a llorar.)

- RAFAEL. ¿Qué es esto? Y Elvira, ¿dónde ha ido?
- CASTA. A su perdición. Nos ha dicho un portero que tomó un coche y dió la dirección de la casa de Faustino.
- RAFAEL. ¿Qué dice usted?
- CASTA. Te asustas, ¿verdad? Yo también. Porque ese niño es una mala persona.
- FAUSTINO. (Entrando por la galería de la derecha con ELVIRA.) Muy agradecido. Entra, niña.
- MANUELA. ¡Hija de mi alma! ¿Qué has hecho?
- FAUSTINO. Ya lo ven ustedes. Ir a buscar a esta mala persona para vengarse de usted... (Por MANUELA.) y de ti. (Por RAFAEL.) Si yo la hubiera hecho caso, estaríamos ahora mismo camino de San Sebastián. Pero como a quien quiere es a éste, que se vaya con éste. Por muy mala persona que yo sea—y a las pruebas me remito—, comi-

go no descarrila ninguna mujer honrada.
Buenas noches.

(Mutis.)

ANITA. (A RAFAEL.)

¿Se acuerda usted de los dos besos que le di?... Pues no son nada comparados con los que voy a darle a éste... Me ha emocionado. Buenas noches.

(Se va rápida detrás de FAUSTINO.)

MUSICA

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

(En la puerta de la izquierda aparece ZABALA, dispuesto para salir a la calle.)

ELVIRA. Perdóneme, madre. Yo estoy loca.

MANUELA. Y yo me alegró. Te he hecho sufrir para que aprendas lo que duele perder un buen amor. Quiere mucho a este hombre, quiérelle toda tu vida. Yo te aseguro que se lo merece. Y Dios le perdone a él si me equivocara yo.

RAFAEL. ¡Elvira!

ELVIRA. ¡Rafael!

(Contentos y amorosos, se van por la galería de la izquierda.)

MANUELA. (Aparentando una alegría que no puede sentir.)
¡Ea! Ya está.

(A AGAPITO.)

Tenía usted razón. No cabe duda de que con las mujeres, el mejor procedimiento es llevarnos la contraria.

(Llora, silenciosa.)

AGAPITO. Sino que ahora..., ¡ay, Maravilla!, le estás llevando la contraria a tu propio corazón. Porquè tú quieres...

MANUELA. (Trata de alejar con una sonrisa la imagen de su tardío secreto.)

Yo quiero ser una buena madre. Los demás amores ya no cuentan para mí.

(Y al escuchar estas palabras, ZABALA baja la cabeza y quién sabe si no se seca una lágrima.)

RAFAEL. (Cantando, dentro.)

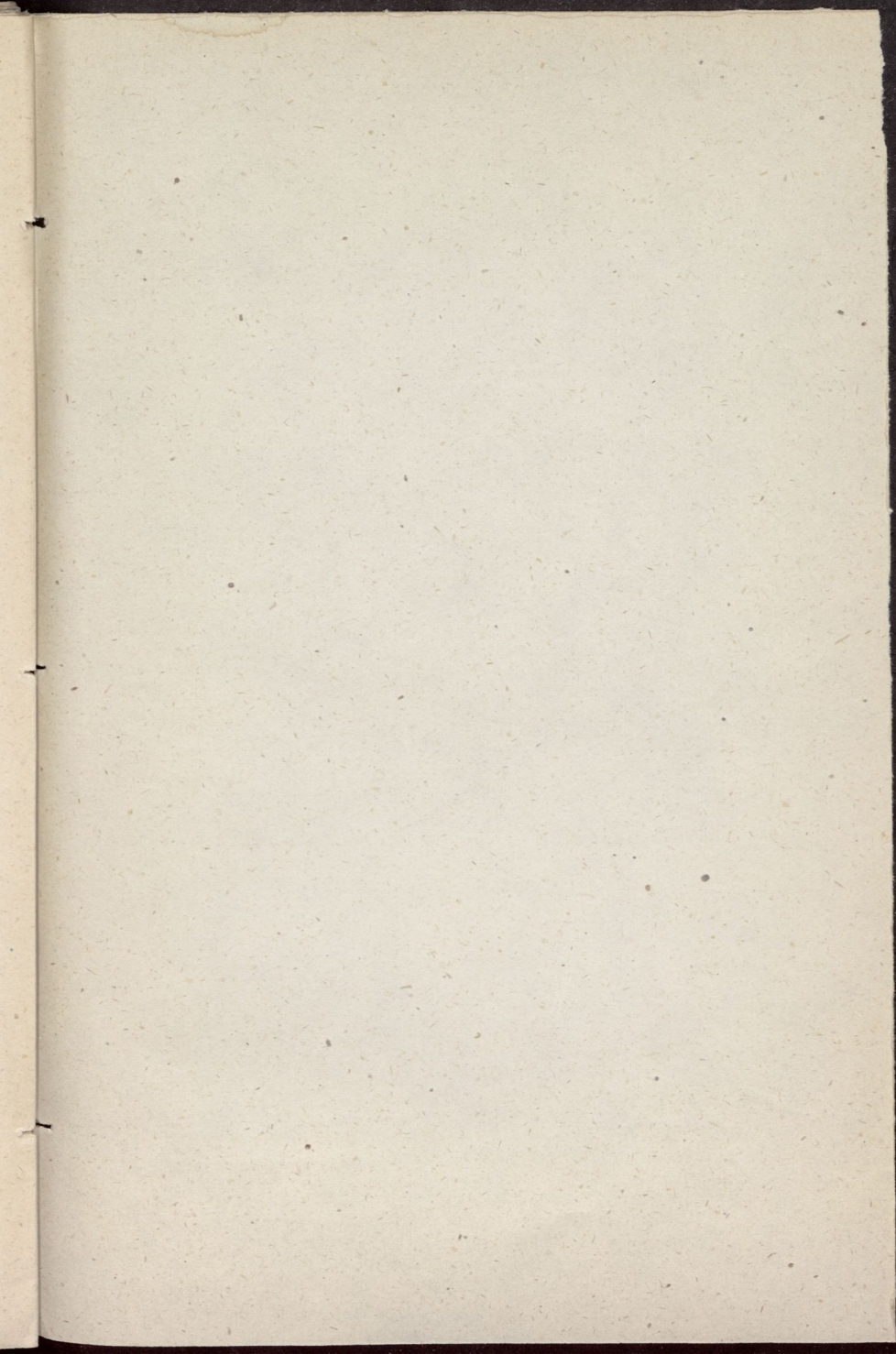
Amor, vida de mi vida,
¡qué triste es decirse adiós!
Te ríes cuando sientes
deseos de llorar...

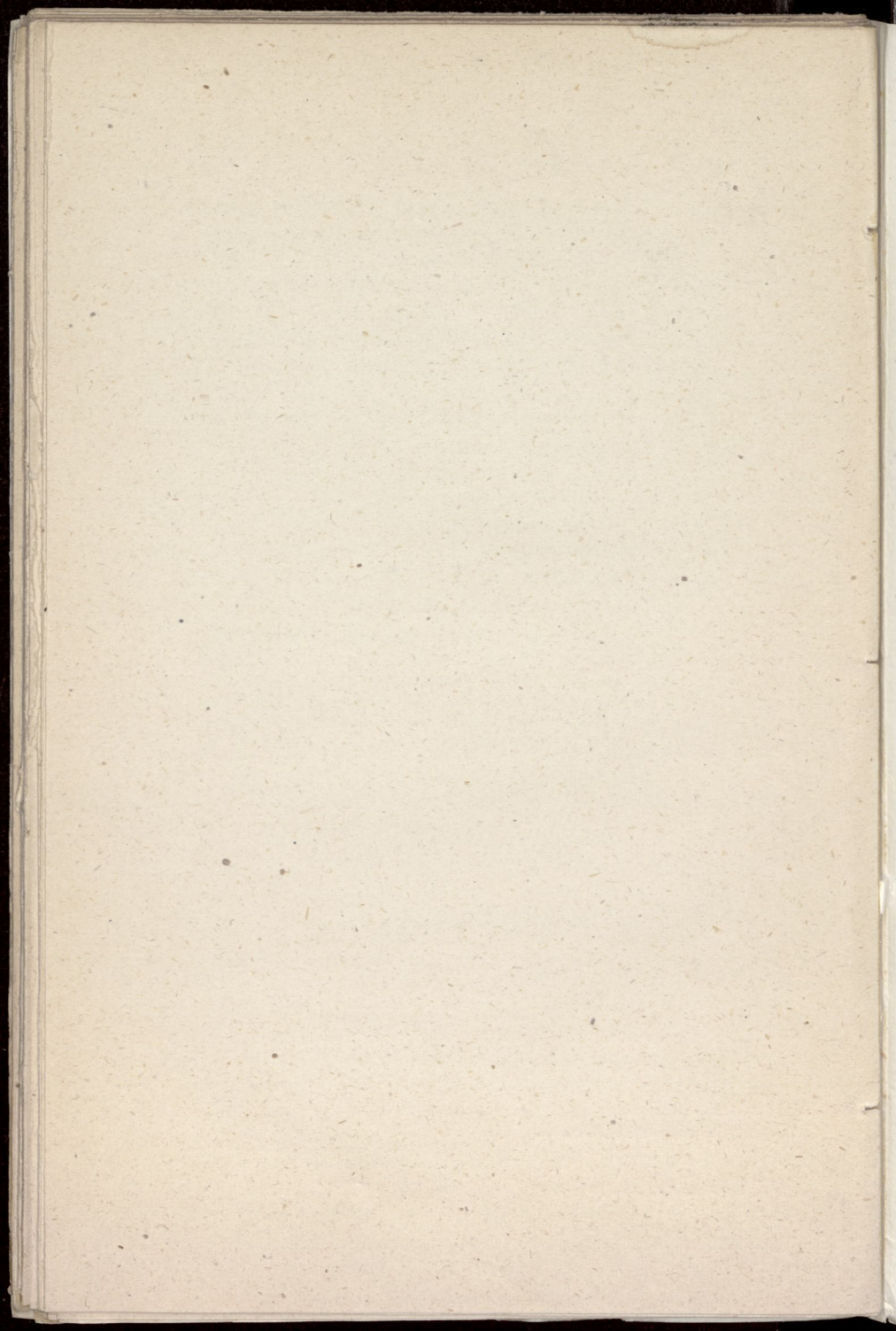
MANUELA. (Murmullo.)

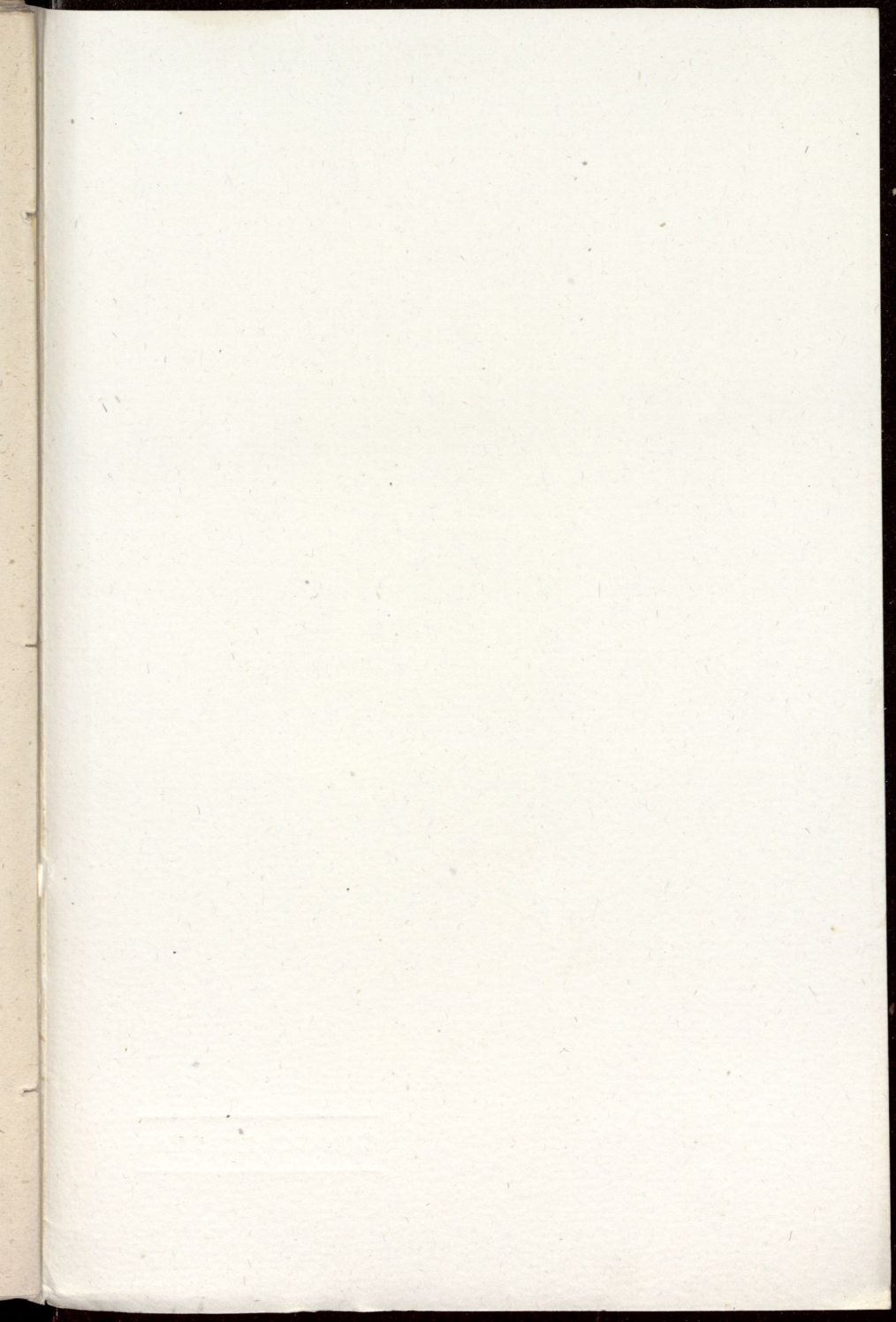
¡Qué triste es decirse adiós!

(AGAPITO está junto a ella, sin tratar de consolarla. Sólo con la mirada le está pidiendo que sea otra vez la Maravilla, altiva, triunfadora, heroína de todas las independencias guerreras, menos de aquella en que fué trofeo su eterno corazón de mujer.)

FIN DE LA OBRA







EDITORIAL
GARCIA
ENCISO
MADRID
1 9 4 1

CINCO PESETAS
